

LAUXAR

CARLOS REYLES

DEFINICIÓN DE SU PERSONALIDAD
EXAMEN DE SU OBRA LITERARIA
SU FILOSOFÍA DE LA FUERZA

MONTEVIDEO

Librería Nacional A. Barreiro y Ramos
Barreiro & C^o., Sucesores
Calle Juan Carlos Gómez esquina 25 de Mayo
1918

12
080

CARLOS REYLES

LAUXAR

CARLOS REYLES

DEL MISMO AUTOR

Motivos de Crítica Hispanoamericanos (Estudios sobre R. Palma, R. Darío, L. Lugones, A. Nervo, J. S. Chocano, J. Zorrilla de San Martín, J. E. Rodó y J. Herrera y Reissig).

DEFINICIÓN DE SU PERSONALIDAD
EXAMEN DE SU OBRA LITERARIA
SU FILOSOFÍA DE LA FUERZA

MONTEVIDEO

Librería Nacional A. Barreiro y Ramos
Barreiro & C^o., Sucesores
Calle Juan Carlos Gómez esquina 25 de Mayo
1918

ES PROPIEDAD

A D. RAFAEL ALTAMIRA

EN TESTIMONIO DE CORDIAL GRATITUD

SUYAS SON ESTAS PÁGINAS PORQUE FUERON
SUYAS LAS PRIMERAS PALABRAS DE BUENA
VOLUNTAD SOBRE MIS PRIMEROS ENSAYOS

LAUXAR.

VIDA Y RETRATO
DE CARLOS REYLES

Carlos Reyles, nacido en Montevideo, el 30 de Octubre de 1868, perdió, siendo aún de pocos años, a su madre, y fué confiado para su educación, en calidad de pupilo, al Colegio Hispanouruguayo. Permaneció en él unos siete años, desde los diez de su edad. No fué allí bien acogido por sus compañeros de internado, que eran casi en totalidad muchachos de campaña, rudos y violentos. Se resistió a los golpes y bromas con que se proponían burlarlo por novato, y desde entonces, por eso, por sus maneras civiles, tal vez sobre todo por su fama de niño con fortuna, quedó como aislado entre los alumnos prevenidos contra él. Menudeaban las peleas en la libertad de los días de salida, los sábados a la tarde, cuando más pronunciada hacía en su aspecto, con el arreglo lujoso, la diferencia de su posición social y económica. Fué el hostil alejamiento de sus condiscípulos, sin trato de afecciones íntimas, la primera escuela de su carácter: por él aprendió a no contar con nadie, a bastarse a sí mismo, a medirse con los demás y estimarse orgullosamente sobre ellos, a recogerse en el secreto de

la meditación y expandirse en la libertad sin límite de las imaginaciones caprichosas. Mucho contribuyó a esto un *Don Quijote* ganado como premio de estudio. El director del colegio, don Baltasar Montero y Bidaurreta, un español que hablaba con el acento lleno y el énfasis pomposo de su patria, tuvo, en trances de apuros pecuniarios, que vender su biblioteca, y naturalmente asignó a Reyles, su discípulo más rico, el lote más caro: la colección Rivadeneira. Reyles conoció así a los clásicos españoles, y con ellos la novela picaresca.

No era un estudiante ejemplar; más que las enseñanzas de sus maestros, aprovechó su personal experiencia en sus relaciones con los otros colegas, y el descubrimiento de la literatura y de la vida interior.

Lo sacó del colegio para llevarlo a vivir consigo, su padre D. Carlos Reyles, hombre de trabajo y rudimentaria cultura, que supo merecer el respeto y el agradecimiento de cuantos lo frecuentaban. Él fundó y sostuvo hospitales y escuelas; puso en camino de hacer fortuna a cerca de doscientos parientes, ahijados y protegidos, a quienes costeó el sustento y la educación, y de sus bienes destinó por testamento, sólo a pensiones vitalicias, más de quinientos pesos mensuales. Sin darse a la política ni servir los intereses de círculo alguno, fué seis o siete veces diputado, otras tantas senador, dos veces jefe político y varias comisionado especial en las negociaciones de paz de los partidos colorado y

blanco. No lo tentó jamás la holganza que le permitía su riqueza: dueño de cincuenta y tres suertes de estancia y de cincuenta mil animales, se consagró al propósito de transformar la cría nacional del ganado con la aplicación de los mejores métodos europeos. Desde que vió los primeros reproductores introducidos al país en 1859, formó el proyecto de procrearlos iguales. Dividió y subdividió sus campos inmensos, con cercos de piedra y alambre, abrió artificialmente aguadas y plantó montes para el mejor cultivo de las sangres diversas. Diez años de esfuerzo infructuoso pudieron menos que su confianza perseverante. En 1870 palpaba el resultado positivo de su labor, con la venta de sus Durhams, a precios inimaginables, en Tablada. Al morir, en 1886, exigía a su hijo la promesa de llevar adelante sus trabajos hasta lograr el primer premio de animales finos en las exposiciones argentinas. (1)

De su padre recibió Carlos Reyles el ejemplo varonil de una vida modesta aprovechada en menesteres oscuros, con desprecio del boato y del renombre; su educación y sus gustos no lo preparaban sin embargo a seguirlo: quería ser literato: quería dar cuerpo en la realidad del arte, a la vida puramente espiritual, en que se había retraído, insatisfecho de todo, exacerbado contra todos.

Nada se lo estorbaba. A los diez y ocho años de

(1) Tomado del *Almanaque del Labrador*, año 1917, artículo del señor C. Reyles.

edad, señor de sus destinos, poseía una fortuna de un millón de pesos. Seis meses después contraía matrimonio y asumía la administración de sus bienes de manera insólita, contra el disenso de su tutor, salvando trabas e impidiendo plazos.

Su primer libro, *Por la vida*, esta fechado en 1888: en Octubre de 1894 concluía *Beba*; su producción posterior, aunque muy escasa, es continua hasta 1900: *Primitivo* (1896), *El Extraño* (1897), *El Sueño de Rapiña* (1898) y *La Raza de Caín* (1900); en los últimos diez y siete años no publicó más que *La Muerte del Cisne* (1910) y *El Terruño* (1916). La literatura no lo absorbió jamás por completo; fué su mayor cuidado vivir bien y plenamente, y alternó el trato de los libros con la gestión de su patrimonio y frecuentes viajes a Europa.

Había dirigido a España el primero, en 1893, con la intención de mejorar su conocimiento de la lengua; dos años después de su regreso, volvía de nuevo a España, y llegando en sus giras a Sevilla para visitarla en pocas semanas, permanecía en ella, preso de su influjo, durante siete largos meses. No era caprichosa la atracción que Reyless sentía por España, y en España por Sevilla. Tienen su fisonomía y su temperamento mucho de español y de andaluz: une su figura al empaque señorial cierto garbo de majo; el cuerpo chico y ágil, ancho de espaldas, parece por su movilidad nerviosa, hecho con rabos de lagartijas, según la expresión que él mismo aplica a uno de sus personajes; una osa-

tura fina se marca reciamente, a flor de piel, en los pómulos, en el caballete de la nariz, a los lados de la mandíbula inferior, en el mentón hundido al medio, en el cráneo descarnado, voluntarioso, bajo de frente, de sienes amplias y nuca alta; los ojos, vivos como dos gotas de acero, en cuencas hondas y grandes, miran con dureza bajo el arco firme de las cejas hoscas; con frecuencia un gesto de altivez, una sonrisa despectiva, comprime sus labios delgados sobre la doble hilera blanca de sus dientes iguales y menudos; la nariz es fuerte como una afirmación terminante. Debe dar a quien no lo conoce, la impresión áspera, violenta, casi provocativa, de un espíritu vehemente, de sentimientos secos, movido por el deseo de imponer su orgullo a la consideración humillada o al odio, — todo menos la indiferencia, — de los circunstantes.

Reyles ha vivido lo más de su tiempo fuera de Montevideo, sea en su cabaña de Melilla o en Europa con residencia habitual en París. Regularmente no ha dejado transcurrir dos años sin emprender su viaje de costumbre al viejo mundo. Es un cosmopolita, un europeo de América. No ha tenido en su patria relaciones de fácil afecto con sus semejantes; no las ha tenido tampoco en el extranjero, donde ha ido a buscar para su goce los frutos de la civilización más adelantada. Esta existencia sin arraigue hondo en punto fijo es toda una revelación de su carácter refractario.

Ella le ha permitido penetrar en las nuevas co-

rrientes literarias de Francia con el interés enardecido en las discusiones de su actualidad. El programa de las obrillas que denominó "academias", fechado en 1896, no habría podido concebirse hasta más tarde en tierras americanas, ajenas por entonces de las influencias de lo moderno. Es de estricta contemporaneidad con *Los Raros y Prosas Profanas* de Rubén Darío; José Enrique Rodó, casi ignorado aún, escribió sobre él una parte de su primer folleto, *La Vida Nueva. El Extraño*, sugerido por lecturas de Maurice Barrès y Gabriele D'Annunzio, está datado en Arcachon de Francia. Él provocó en España, gracias a un artículo de Valera, la magna cuestión de modernismo, que fué discutida por los entonces primaces de las letras castellanas.

Se promovía en esa época una reacción profunda contra el irrealismo del arte y la moral. La concepción romántica de la vida exaltada fuera de toda norma por un lirismo de fantásticas manificencias y exquisiteces repugnaba a los temperamentos viriles. La realidad imponía a la imaginación sus bellezas patentes, y en el tumulto de las tendencias confundidas se delineaba con claridad una orientación segura hacia las verdades inmediatas del instinto y la razón. Surgía en todas partes, bajo formas diversas, un ideal nuevo. La energía y la actividad conquistaban a su culto voluntades insatisfechas en el letargo de las ideaciones y los sueños. Las actitudes líricas se desvanecían ante la emoción trágica de una lucha formidable y universal. Nietzs-

che, Walt Whitman, Rudyard Kipling, divulgados por la moda o recién descubiertos, cantaban a los oídos de una generación inquieta y harta de quimeras el imperialismo de la fuerza igualmente victoriosa en la naturaleza y en los hombres. Eran voces sajonas las que afirmaban el credo batallador y triunfaba en el mundo la industria de Alemania, Inglaterra y Norte América. Se discutían superioridades y privilegios de razas; al sueño socialista de una fraternidad sin fronteras se oponía un nacionalismo basado en la constitución étnica y en las determinaciones del suelo y de la historia. Hasta Maurice Barrès, consagrado a cultivar su personalidad sin objeto en experiencias de fruición egoísta, quiso arraigarse en "la tierra y los muertos" para intensificar su vida en el destino preparado por la tradición de los antepasados. Mucho de eso llegó por primera vez al castellano y a nosotros en *La Raza de Caín* y se precisó después en *La Muerte del Cisne* y *El Terruño*.

Pero lo que merece más atención en la obra de Reyles es Reyles en persona. Está en ella de varias maneras y es alguna la que menos pudiera esperarse. Puso bien que mal simples recuerdos personales en *Por la Vida*; trazó su retrato, aunque lo deformara para el desenlace, en Gustavo Ribero de *Beba*; prestó a Julio Guzmán de *El Extraño* sus opiniones y cultura, y contra esa cultura y esas opiniones, que fueron suyas, hizo *La Raza de Caín*. En *La Muerte del Cisne* late la violencia de su

rencor irrefrenable contra el engaño de las seducciones idealistas. Nada sorprende hasta aquí en la móvil actitud de Reyles; en cambio no es siquiera sospechable lo que fraguó en *El Terruño*. Las fases más salientes de su actuación pública, — aficiones literarias, intentos políticos y acción social, — aparecen allí atribuídas a un personaje miserando. Se creería que se ha entretenido en caricaturarse absurdamente si una intención muy seria no descubriese la treta ideada para recalcar la impotencia de la criatura novelesca por contraste con la natural disposición de Reyles. Y es que éste nunca se olvida a sí mismo por completo en los personajes que inventa. Nada le importan los que nada tienen de común con él: por eso infunde en unos su espíritu y se hace de otros una antítesis personal.

De su condición de gran propietario cabañero trasportó a la novela cuanto concierne a la cría del ganado. Ésta es parte principalísima en *Beba*, *Primitivo* y *El Terruño*. Los problemas que suscita, las esperanzas que despierta, su importancia económica, los aspectos de su desarrollo, sus faenas, son motivo de cuadros y discusiones en muchas de sus páginas. Los cuadros, sobre todo, admiran, con sus pinturas de costumbres, en estos libros de carácter psicológico. Abundan en *Beba* extensas descripciones sobre cosas de nuestra tierra: paisajes, tipos, establecimientos y trabajos: es la nota del regionalismo. Ella se hace en *Primitivo*

más sobria en detalles, gana vigor y sencillez, adquiere en algún episodio el relieve de lo épico. Reyles debió de juzgar con satisfacción esta obra, porque muchos años más tarde la insertó íntegra en *El Terruño*; sin embargo, después de escribirla, abandonó momentáneamente la narración objetiva y, con ella, el tema rural. Había conocido a Maurice Barrès (1) y Gabriele D'Annunzio y, por ellos, las infiltraciones de inquietud y pensamiento que enriquecieron la literatura con Ibsen y los novelistas rusos. La predilección de éstos por los casos de miseria moral en la clase humilde parece reflejarse en *Primitivo*. *La Canción del Oro* de Rubén Darío, en *Azul*, puede ser un antecedente de *El Sueño de Rapiña*. A las influencias señaladas antes acerca de *El Extraño*, viene a sobreponerse la de Stendhal en *La Raza de Caín*. Reyles que había descubierto la forma de su talento, su espíritu de rebelión y su amor de la energía en un antecesor raro y sutil, adoptó para su nueva obra la manera de continuo análisis que éste había usado en las suyas. Fué entonces cuando se le pudo apreciar en todo su valor. *La Raza de Caín* lujosamente impresa y anunciada en las calles, como no lo había sido libro alguno entre nosotros, por un cartel magnífico, fijó una vez más en él la atención pública.

(1) No lo cita en el programa de las academias publicado en *Primitivo*. Incluye en él su nombre cuando lo retoca para *El Extraño*.

Ninguna intervención había tomado en la política hasta ese momento. Gobernaba a la sazón Juan Lindolfo Cuestas, llegado a la presidencia impensadamente, sin compromisos, gracias a la muerte del titular Juan Idiarte Borda. El círculo imperante con éste había sido quebrantado y la administración de la hacienda ganaba en ello que se la limpiase por lo menos de los más grandes abusos. El Gobierno, bien intencionado pero intelectualmente muy pobre, se mantenía ajeno a todo programa de principios e independiente de toda camarilla. Estaba la situación, abierta a las esperanzas de la gente nueva. Reyles decidió aprovechar la ocasión propicia con el prestigio de su reciente éxito literario para orientar a la juventud de su partido hacia una regeneración social. El 8 de Septiembre de 1901 condujo de Montevideo a su cabaña de Melilla a más de mil personas y las regaló allí con opíparo almuerzo criollo; terminado éste, las exhortó a fundar el club que se llamó "Vida Nueva".

"El ambiente, — dijo, — está cargado de poderosas, aunque oscuras aspiraciones, que urge aclarar y dirigir; en el fondo, bajo engañosas apariencias bélicas, un deseo imperioso de paz, de trabajo y de prosperidad, se revuelve en los corazones de todos como un fruto de bendición en el vientre de la madre. Ambiciones generosas, anhelos ideales, ansias de regeneración, trabajan sordamente las conciencias y preparan el advenimiento de algo grande, acaso de una vida nueva; y hasta el mo-

vimiento entusiasta de la juventud da claros indicios de que ha sonado la hora de los nobles esfuerzos y de ensayar la alta política, que consiste en elevar el espíritu de las masas para luego hacer viables todas las fórmulas del progreso y todas las prerrogativas de la civilización".

.....

"El prestigio de la juventud crecerá en razón directa de la cantidad de ideas superiores que se agiten en su seno; su poder no puede ser otro que el que le comuniquen su independencia, su entusiasmo y su mentalidad, y la obra a que esa juventud dé cúpula y remate, será fecunda, hermosa y duradera, según los principios que la nutran, porque los principios son a los hombres lo que las raíces a los árboles: sin raíces, caen éstos cuando los embiste el pampero; sin principios, caen los hombres cuando los sacuden los vendavales de la existencia.

"Lo repito: nuestra obra será grande o pequeña según sea grande o pequeña nuestra concepción de la vida. Dilatémosla, ennoblezcámosla por medio de una continua y obstinada cultura, y todos necesariamente, por la fuerza de las cosas, convergeremos a practicar la política de educación, de regeneración, de idealización, que es absolutamente necesaria a nuestro país".

.....

"Tenemos mucho que demoler, mucho que edifi-

car, muchas ideas que combatir y muchas que poner en circulación, para darle impulso a nuestra vida parasitaria y agitarnos en el ambiente de progreso y modernidad en que viven otras naciones, más ricas sobre todo por la cultura de espíritu, más felices porque gozan las alegrías del trabajo, y doblemente libres porque entienden la existencia de un modo más amplio e inteligente.

“Sí, hace falta que avancemos con la piqueta demoledora en una mano, y en la otra la simiente del sembrador, para destruir sin piedad lo que daña: los odios y prejuicios tradicionales, la concupiscencia política, el apocamiento de los pobres de espíritu, y sordidez del corazón, males que empobrecen y embrutece; y al propio tiempo, sembrar con gesto religioso las semillas fecundas del amor al trabajo, del esfuerzo y la iniciativa particulares, del culto de la patria, de la cultura del espíritu, de la religión del alma: virtudes que tonifican el organismo de los pueblos y les prestan energías para realizar las ascensiones más intrépidas de la acción y del pensamiento”.

.

“Aunque sea doloroso es necesario decirlo: somos una nación de vitalidad pobre, no por razones políticas, sino porque somos un pueblo sin alma, es decir, un pueblo cuyas aspiraciones no van lejos porque anímicamente no vive o vive de prestado, sin ideas propias, sin sentimientos propios, sin cul-

tura ni civilización original y castiza. Casi todo lo que sentimos y pensamos son baratijas sociológicas importadas, cosas prendidas con alfileres, floraciones emotivas que no brotan de nuestras entrañas, que no tienen raíces en nuestro organismo.

“Y lo que es vital, nace siempre del corazón de los pueblos. De ahí que nuestra existencia sea epidérmica, vana, y no elabore ningún producto moral y trascendente. Para que sucediera lo contrario se necesitaría que viviésemos una vida profunda, robustecedora de las energías y potencias que nos caracterizarían como pueblo si se convirtieran en actos, en voliciones, pero que hoy por hoy se revuelven como larvas de oscuros instintos en las profundidades de lo *Inconsciente*, sin acertar a transformarse en esa fuerza psíquica prodigiosa que engendra deseos extraordinarios, pasiones soberbias vitalidades opulentas, bajo el nombre milagroso de alma nacional”. (1)

No podía el llamado ser más atrayente; se afilió al centro la más granada juventud. Había sido fácil constituirlo; empezaron los tropiezos cuando se pensó ponerlo en marcha hacia el ideal de reforma. El Club “Vida Nueva” acabó por ser un club más en la vida vieja de los antiguos partidos y sus rencillas, y Reyles, desencantado, rompió definitiva-

(1) Se publicó el discurso en folleto por resolución del Club “Vida Nueva”, tomada en su primera asamblea.

mente con él después de inútiles bregas. En 1903 dió al público un folleto *El Ideal Nuevo*, donde condenaba acerbamente “la situación” política y exponía “la teoría” de una renovación nacional acompañada con un programa de “acción práctica”. Había pretendido estirpar de cuajo todo el mal de la causa pública, — resabios de barbarie, rivalidades personales y colectivas, ruines ambiciones, rastros servilismos, discursos, vanidades, componendas interesadas, — para iniciar una era de intensa labor intelectual y económica. Sabía por Edmond Demolins. *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, y entusiasta por la civilización positiva de base financiera, tenía los ojos clavados, con deslumbramiento febril, en el progreso portentoso de los Estados Unidos. Soñaba para su patria un porvenir igual, fuerte y próspero, y no es él de los que se adormecen bajo el hechizo de los sueños. Nada esperaba ya de los políticos ni de la política; lanzó a los hombres de capital y trabajo, para encaminarlos a una renovación, con el incentivo del interés, la idea de formar una liga que reuniese en cooperación centuplicadora, las fuerzas perdidas y los designios sin plan de todas las asociaciones económicas dispersas en el territorio de la República. Se constituirían así en clase los productores de riqueza, y decidirían, en actividad ordenada, los destinos de la nación. Algún día hablará de ese proyecto la historia del Uruguay. Dificultades invencibles dilataron su realización; en 1908

volvía Reyles a incitar con la misma idea a los ganaderos congregados en la “Liga del Trabajo” de Molles; a fines de 1915 quedó por fin establecida la Federación Rural, (1) y no había pasado un solo mes cuando, gracias a ella, en las elecciones de constituyentes, sufría el oficialismo imperante la sorpresa y la confusión de su primera derrota efectiva.

Es de recordar un incidente violento ocurrido en las reuniones que preparaban la Federación. El gobierno había comprendido con temor la transcendencia que podría tener la organización de los elementos más fuertes y más castigados por su opresión desconsiderada. Quiso, pues, impedirla, y con ese objeto se presentaron sus secuaces a la asamblea de los delegados para estatuir la nueva asociación, como representantes de pequeñas agrupaciones rurales sin personería y tal vez inexistentes. Carlos Reyles, promotor de la Federación y redactor de sus estatutos, ocupaba naturalmente un puesto de honor y fué designado para presidir el acto. Una mayoría aplastadora desechó la intromisión de los oficialistas habituados a llevarse todo por delante. El Ministro del Interior, que en persona los dirigía, obligado a reiterarse entre manifestaciones hostiles, se despidió iracundo y exclamó:

(1) Está publicada su historia: *La Federación Rural*, Montevideo, 1916. Comprende la obra varios trabajos de Reyles.

mando, como si en él se rechazara a los pequeños terratenientes: "¡Adiós latifundistas!" No entendió Reyles sus palabras, pero oyó la voz descompuesta por el enojo, y preguntando nerviosamente qué había dicho, dominó, cuando lo supo, el tumulto de la asamblea, con su grito de contestación al Ministro que se alejaba: "¡Adiós imbécil!"

En estos últimos años liquidó Reyles su cabaña de Melilla, para establecer otra en la República Argentina. Ha fijado su residencia, a lo menos por ahora, en Buenos Aires; allí permanece estable quizá por la situación de Europa, a causa de la guerra, no brinda los atractivos que antes lo llevaban a ella cada poco tiempo.

Había hecho en 1910 un libro de filosofía moral, *La Muerte del Cisne*, con el pensamiento que apuntaba en *La Raza de Caín* y *El Ideal Nuevo*, madurado por la reflexión y enriquecido por el estudio de los autores afines. Como la casa Ollendorff demorase más de lo corriente en sacar a la venta su último libro, *El Terruño*, hizo de él, en Montevideo, una segunda impresión, corregida y aumentada con una carta dirigida a José Enrique Rodó y un estudio de éste sobre la novela. Ambas ediciones salieron a luz casi al mismo tiempo en 1916.

La literatura no podía ser para Carlos Reyles un mero pasatiempo. Durante la adolescencia le había sido un refugio de salvación en la aridez inso-

portable de su desamparo espiritual; le había enseñado luego a conocer mejor a los hombres en la verdad más íntima de su egoísmo disimulado; de ella debía servirse para dar a su vez, como fruto de una experiencia nueva, su concepción de las cosas: una imagen de vida, seria y palpitante, conmovida por el grito de su conciencia y trabajada por las agitaciones de su corazón. No es solaz ni entretenimiento que diviertan de la realidad, lo que Reyles pide y ofrece en los libros, sino al contrario una representación más fuerte de esa misma realidad casi siempre vulgar y opaca en la apariencia, y siempre, en el fondo, trágica y enigmática. Él mismo declara en su primer libro que lo ha hecho con recuerdos que aprecia mucho, y abre la serie de sus *academias* definiendo al frente de *Primitivo* su ideal de "un arte que no permanezca indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad fin de siglo, tan refinada y compleja, y que esté pronto a escuchar los más pequeños latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado". "Pretendo — proclama — hacer sentir y hacer pensar por medio del libro, lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas..." "La novela moderna debe ser una obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara". *El Extraño* reproduce

con varias ampliaciones y ninguna enmienda de importancia, este manifiesto, que ahora, por sus nuevas palabras finales, parece más que un programa de literato, el cartel de un desafío: "Tengo mi verdad — dice — y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lector, humilde y todo, pertenezco a la gloriosa aunque maltrecha falange que marcha a la conquista del mundo, con un corazón en una mano, y una espada en la otra". *El Extraño*, *El Sueño de Rapiña* y *La Raza de Caín* en su primera edición, lucen en la cubierta un ex libris de Reyles, que figura un escudo partido al medio, por una faja diagonal, en dos campos: en el superior, a la izquierda, aparece la empuñadura de una espada con parte de la hoja que se pierde, bajando, tras la faja; en el inferior, a la derecha, hay un corazón ardiente culminado en llama; una leyenda, altiva y sobria, estampa en la faja dos únicas palabras: "DE FRENTE". No es un capricho; es un lema, es una divisa. Cuando Carlos Reyles anuncia que sale a conquistar el mundo con el corazón en una mano y una espada en la otra, puede entenderse que se propone hacerlo suyo, por el amor si el mundo lo consiente, y por la fuerza, caso de que se resista; pero sería más verdadera, más conforme a su idiosincrasia violenta, a su temperamento arrebatado, la interpretación que pusiera en iguales términos y en un mismo momento, el amor que lo arrastra hacia las cosas, y la fuerza con que se enseñoorea a ellas.

Carlos Reyles ha tenido hasta la avidez, la curiosidad emocional de cuanto cabe en el hombre. Ha entrado en la vida, a saco y refinadamente, con la arrogancia impulsiva de su temple varonil y con el estudio de la delectación voluptuosa. Esta doble condición de su personalidad explica toda su obra literaria. Una parte de ella es ideológica; pero ni en su ideología ni en el resto hay que buscar pura labor de pensamiento. En Reyles la inteligencia, — una inteligencia fuerte y clara, — no es señora sino sierva sumisa de la voluntad imperiosa y de la sensibilidad sutil e inaplacable. Entiende él que tal es su única función legítima, y que sobreponerla a todo en la vida, entronizarla, como generalmente se hace, constituye una aberración semejante al fetichismo. Siempre se ha mostrado hostil a los idealitas y las ideas. La argumentación, el razonamiento, es cosa muy pobre para quien, como él, se da por plenamente satisfecho con la evidencia inmediata de sus cinco sentidos. (1)

No hay en la producción de Reyles, ni el más ligero asomo de una inquietud religiosa o metafísica. Toda obedece al propósito de penetrar, hasta agotarlo, el placer de vivir por la carne y el espíritu, en la carne y en el mundo. Reyles no conoce del otro enemigo del alma según las doctrinas del catecismo, — del demonio, — más tentaciones que las del orgullo.

(1) Lo que no implica en manera alguna que haya descuidado el estudio necesario para tener una cultura completa.

Es de sumo interés y fácil estudiar en su producción literaria, entre vacilaciones, alternativas y tropiezos, el desarrollo progresivo de los rasgos en que finalmente se fija su personalidad. Señalan sus libros tres momentos diferentes: en el primero, que es de arrebató, el autor se levanta contra todo lo humano, con *Por la vida y Beba*; durante el segundo, que es de voluptuosidad, hace del refinamiento en el arte, con sus academias, una manera de fin último y supremo del espíritu y la civilización; el tercero acusa un descontento del individualismo indisciplinado y del sensualismo puro y es la retracción de los anteriores: todavía con reticencias contrarias y resabios de amargura en *La Raza de Cain*, triunfa ahora el gusto de la acción y la voluntad, ya solo y definitivo en *La Muerte del Cisne* y *El Terruño*. Quiere arrasarlo todo en el mundo cuando empieza a escribir; en seguida, con desprecio de todo, se vuelve al goce perverso de la artificialidad cultivada; acaba por último, de acuerdo con el sentido común de la buena gente, por aceptar la realidad como ella es, sin omitir que dentro de ella la voluntad humana es, en lo humano, una fuerza de primer orden. Es la inexperiencia de su juventud briosa, ante el mal de la vida, que se traduce, bajo la inspiración romántica, en negación y protesta: es el pesimismo de la escuela realista que lo disgusta del esfuerzo y le convierte la realidad en contemplación, el campo de la actividad útil, en teatro de espectáculo desinteresado; es por fin la

reacción saludable de una vitalidad victoriosa que lo arranca al marasmo de su concepción enfermiza y lo planta en su puesto de acción frente al deber ineludible. Reyles con la exageración que es natural a su apasionamiento constante, ha dado a estas tres actitudes sucesivas un relieve extraordinario. Ellas son altamente significativas en la historia intelectual de nuestro tiempo: resumen, bajo cierto aspecto, la evolución de una alma y de un siglo: reflejan sobre el autor, en etapas diversas, la ideología contemporánea, romántica primero, escéptica después, y por último realista y práctica.

La cualidad eminente de Reyles es la energía: él no conoce los términos medios; una impulsión rápida lo precipita siempre a la extremosidad. No hay pues que pedirle tintas suaves, libres recreaciones, visión exacta, equilibrio, mesura. Es vigoroso y desbordante se pone todo en lo que está y en nada se contiene.

Su carta a Rodó al frente de *El Terruño* está escrita a la antigua, con vocablos y giros desusados. En estilo algo, — aunque remotamente, — semejante había compuesto, cuando empezaba su carrera literaria, el prólogo de *Por la Vida*. Son dos caprichos análogos y distantes que, unidos a su total producción, revelan un gusto duradero por el españolismo. Sin embargo, la lengua de Reyles no es de pura cepa castiza. La pureza no lo satisface ni le impone respeto; no tiene en él más que un juego de excesiva paciencia a la corrección que

consiste en llenar y no romper los moldes consagrados por el desgaste de un empleo continuo. A pesar de esto son indudablemente algunas de sus obras las que ofrecen más sabor a cosa de España en la literatura del Uruguay.

La redacción de *Beba* no delata más intento de forma que el fraseo de corte castellano. "Y ahora que lo pienso, — escribe Reyles en el diario de la protagonista, — he aquí una ocupación, ésta de tallar la frase y descubrir las reconditeces del alma, que me vendría de perlas, pero no tomada así como así, por desahogo o pura afición, como hacen los literatos cursis, sino como el único objeto de la vida, para dar la vida por ella y ser un artista verdadero"... "Se me figura que yo no lo haría del todo mal. Allá por los quince, no rimaba malos versos; los que aun conservo entre los papeles inútiles son incorrectos, pero no es feo el rodar de la frase y están sentidos. En prosa ya me las arreglaría yo..." "Tallar la frase", "rodar de frase": esto es todo lo que se refiere a la expresión ideal en el programa de *Beba*, que era, a buen seguro, el programa del autor. Con las academias, cambian las cosas. Reyles seducido por la escritura "artística" y sutil de los franceses, procuró impregnar de sensación a la palabra. Lo anunció y lo hizo, y después lo comentó en *El Extraño* por boca de Julio Guzmán para que su labor no escapase inapercibida al público profano. Esta segunda manera, que denuncia su origen en la abundancia

de los galicismos, es más fina y penetrante que vigorosa. La sensibilidad cede a la fuerza en un tercer período que arranca de *La Raza de Caín*, mas no se consolida hasta *La muerte del Cisne*; en *El Ideal Nuevo*, al separarse de sus correligionarios recalcitrantes en las abominaciones de la política, Reyles se promete aún "las exóticas orquídeas de la vida interior". *El Ideal Nuevo* contiene, sin embargo, algunas de las repetidas locuciones que serán características de su ulterior estilo. Allí se habla en términos de energía insultante, de las frases crespas y el vuelo gallináceo de los políticos patos, de los cardos borriqueros que alimentan el macarronismo crónico de la nación y de las cataratas del partidismo que es necesario operar. El vocablo se hace contundente y hierde con golpes que estupefacen al contrario en actitudes ridículas. Aquí los eternos ilusos ponen flores de trapo a sus idealismos ornamentales y calman su fiebre sentimental con hemorragias de palabras o se gargarizan con declamaciones sonoras y huecas; allí los quisques rumian desperdicios de filosofía en las aulas. Tales imágenes bastan para dar una impresión de su intensidad y truculencia de estilo. Su fuerte es la expresión que materializa conceptos: aserto resobado, jugos gástricos de la dialéctica, pimienta del heroísmo, política alimenticia, vientre de la producción. Puede chocar a los delicados la violencia de este lenguaje pletórico, pero no habrá ciertamente quien desconozca, siendo entendido, que ella es el

signo indubitable de una personalidad literaria bien definida. ¿Por qué ha mezclado Reyles, en algunas partes, a todo eso que le es propio como su naturaleza, el artificio que hace mirarse a la luna espejada en las aguas, como sonámbula del cielo, y dice de ella que parece una calavera de plata sobre el silencio campesino que se oye? Huelgan y chocan los adornos de puntillero sobre la robustez de un torso varonil desnudo.

REBELIÓN ROMÁNTICA:

POR LA VIDA — BEBA

La primera novelita de Carlos Reyles, *Por la Vida*, puede apenas mirarse como un intento; es débil, defectuosa, falsa, pero bien característica a pesar de todo. No aspira a menos que ser una acusación fulminante contra la familia y la sociedad. Fué compuesta en plena explosión romántica bajo la influencia del realismo en auge, sin ninguna de las buenas cualidades de esta escuela. El autor no podía tener, a los veinte años, el espíritu de observación y el caudal de experiencia necesarios para acometer, con éxito probable, semejante empresa; tenía en cambio la audacia, el valor de la arremetida imprudente contra los principios fundamentales de la moral común, y así fué su iniciación en la carrera literaria, un acto de rebelión y de lucha.

Está hecha la obrita con algunos recuerdos personales evidentemente alterados por la concepción pesimista del realismo francés y el gusto amargo y doloroso por el análisis que destruye todos los buenos prejuicios caseros sin reemplazarlos con nada en su acción de seguridad sobre las conciencias dormidas. El autor había encontrado en la literatura contemporánea las tendencias morales que mejor

convenían a su espíritu refractario; de ellas aprovechó la interpretación peyorista de las cosas humanas, particularmente en cuanto concierne a los sentimientos de familia. ¿Conocía ya la crítica acerba de Stendhal y de Jules Vallès sobre el asunto? Aunque no imposible para una inteligencia, como la suya, curiosa de lo raro, es improbable que así fuese, porque ella era de tiempo atrás casi ignorada en Francia misma y no se impuso de nuevo a la atención hasta varios años después. Hay, sobre cuestiones primordiales, puntos de contacto y semejanza entre dichos escritores y Reyles, pero la coincidencia que no es exterior, sino muy honda, pudo al principio ser casual, como producida por analogía de temperamentos en iguales o parecidas circunstancias. (1)

Por la Vida es una historia sencilla y absurda, llena de grandes intenciones y pequeños despropósitos. Se trata de un muchacho entre apático y despreciativo, huérfano de madre, hijo único, malquistado con su padre por las artimañas de unos parientes que acechan su herencia, sumido un tiempo en el vicio sin pasión, y después casado por amor, contra la voluntad y el parecer de todos,

(1) Alguien que tiene los mejores motivos del mundo para engañarse menos que yo acerca de Carlos Reyles, me asegura, tocante a sus analogías con Stendhal y Vallès, que él no conoció ningún autor francés, hasta después de cumplidos sus veintiséis años.

con una muchacha humilde y pobre, a quien ha raptado.

Basta enunciar así la situación del protagonista para que nadie pueda sensatamente identificarlo por completo con el autor; con todo es seguro, como él lo confiesa, que Reyles utilizó en el argumento de la obra, datos de su propia existencia: su pupilaje en el colegio, sus primeras andanzas por el mundo, su heredamiento y habilitación de edad, acaso también algunos otros incidentes.

Todo es en la novela, fuera del protagonista, miseria moral, bajo egoísmo, torpeza; todo es desprecio y protesta contra la familia, — origen natural de enemistad entre sus miembros, — y la sociedad, celosa de las apariencias e indiferente a la verdad, buena o mala, de las cosas. La codicia del dinero es el principal resorte de la conducta en los personajes secundarios; sólo dos escapan a esta condición: el padre que es un pobre hombre sin inteligencia ni voluntad, a quien todos engañan y explotan, y la novia, falta de personalidad, borrosa y perdida en la acción de los otros. La lectura deja una impresión de falsedad inconsistente; pero, aunque frustrada en los desaciertos innumerables de su realización, la idea madre es clara. Ella aparece ya, algo imprecisa, en el título: *Por la Vida*. Se refiere a lo que la vida ofrece, a lo que se encuentra por la vida: rapacidad, vileza, engaño, odio hipócrita, ruines apetitos, lucha cobarde: todo en oculto desconcierto bajo el orden superficial de las cos-

tumbres consagradas y las buenas maneras. El protagonista pasa entre todo ello con la atención despierta y la conciencia rebelde. Siente y piensa como el autor; es su retrato moral en la novela. Por eso y por la verdad cierta de algunas situaciones, quiso el público ver en ella una autobiografía exacta. Fué un gran escándalo que impuso a la consideración de todos el nombre de Carlos Reyles. En vano retiró éste su obra de la venta: era demasiado tarde para acallar la voz de la murmuración maligna, que a fin de cuentas sonaba a triunfo.

Cuando — a los seis años — apareció *Beba*, su primera edición, de mil ejemplares, fué agotada en poco tiempo. Esta vez, mejor que antes, pudo reconocerse al autor, de nuevo personificado en su novela. No hay en ella nada o casi nada que ni remotamente reproduzca un episodio real, y no puede, sin embargo, ponerse en duda que su personaje Gustavo Ribero sea en el fondo, — por sus aficiones, por sus ideas, por sus rarezas, por su energía pasional, — la misma clase de hombre que Reyles. Uno y otro, propietarios de cabaña, cultivan con los miramientos de una obra de arte, la cría de ganado; ambos son cuidadosos de su cuerpo sano y fuerte, amigos del ejercicio y los deportes, diestros esgrimistas, atentos sin ridículo a vestir bien: los dos tienen la misma independencia de espíritu, la misma concepción de las cosas y especialmente de los hombres.

Este Gustavo Ribero prepara, comparte y decide

la suerte de la protagonista en la novela: de él mueve la acción, cuyo sentido él mismo concentra y resume parcialmente. No es, por supuesto, un sujeto común: no es tampoco ni un sentimental ni un lírico: antes al contrario, lo caracteriza la decisión clara y terminante, el apasionamiento lúcido. Ha cultivado su inteligencia en estudios bastantes para juzgar con ilustración superior a la ordinaria, sin engaño, en su justo valor, cuanto puede alcanzar en el mundo con sus ventajosas cualidades personales y su fortuna más que regular, y en plena juventud, tras breve experiencia, la mezquindad humana lo disgusta de la gente y se retrae al campo. No se empeña en lucha con los hombres: no quiere ni piensa que pueda corregirlos; desdeñosamente se hace a un lado y los deja: va a lo suyo, a lo propio: lo demás no le importa. Concibe el proyecto de mejorar el ganado y busca en la reproducción entre consanguíneos la manera de fijar definitivamente las buenas condiciones de los ejemplares seleccionados. Pone su voluntad, su riqueza, toda su vida, en el intento de modelar en carne, con las leyes oscuras de la procreación, un tipo ideal que persigue, como obsesionado, a través de combinaciones y tanteos. Es un espíritu extraordinario metido, con ansias febriles, en lentas ocupaciones vulgares. No hace de su empresa cuestión de lucro: ve en ella el "nacimiento de una industria nueva y generosa"; de su cabaña, como de una mina, saldrán a derramar riqueza y prosperidad sobre el territorio del

país entero, los reproductores, "sus ideas hechas carne"; la actividad, el espíritu emprendedor, un sano liberalismo, que forzosamente habrá de imponer semejante evolución, arrancarán la campaña del letargo en que la tiene sumida una rutina vergonzosa, y entonces surgirán de las desoladas taperas y monótonas llanuras, graciosos edificios, lozanas praderas, apretados montes y se transformarán en valiosos productos los salvajes animales que ahora, como dejados de la mano de Dios, arrastran sus enflaquecidos miembros por los campos. (Expresiones textuales). Tal era su sueño silencioso, tal su obra; en ella estaba, por ella iba, ignorado, al engrandecimiento, a la felicidad común.

A su lado, bajo su influencia, ha crecido Beba, su sobrina, hija de un amor trágico. Los padres de ésta, no pudiendo casarse por disentimientos de familia, habían decidido morir juntos; en su última entrevista los dos se hirieron de muerte, pero salvó, como por milagro, la madre, y así vino inesperadamente al mundo Beba, engendrada en la desesperación de los amantes resueltos al suicidio. Su infancia corrió libre en el campo; entró, cumplidos los diez años, al colegio, que fué para ella un martirio: no la atraían los juegos ni la amistad de sus compañeras; miraba con aversión la alegría común; estaba hecha a la solicitud cariñosa de los suyos y a la soledad errante. Fué necesario restituirla a su anterior manera de vida; en ella tuvo por maestro a su tío Gustavo Ribero, y dejando los libros de

lado, aprendió directa y claramente, por la observación, pero aislada, lo necesario para desenvolver su espíritu y formarse una idea inteligente y positiva sobre cuanto la rodeaba. Había en ella un fondo romántico; — ¿herencia? Mirábase como en retratos vivos, en las heroínas de sus lecturas; sus autores favoritos eran Musset y Bécquer; se estudiaba en secreto, con fruición: "¿Cómo soy yo? Mi mirada es triste como la de Ofelia; camino así; siento esto, ¿qué será?" "Soy bonita, interesante; ¿por qué no parezco simpática? Quizá porque soy un poco rara, menos vulgar que las otras". Cuando supo la historia de sus padres se enorgullecó con el pensamiento de que era "hija del amor". Seguía viviendo en el campo como antes, pero venía en los inviernos a Montevideo y frecuentaba los teatros. Sus gustos infantiles de aseo y adorno se habían transformado en segura y fina elegancia. Tuvo algunos amores de pura imaginación y sufrió enormes desengaños en todos: ¡estaban sus pobres novios anodinos tan abajo de sus sueños! Ofendida, "encerrábase en su habitación, y frente al espejo, veía cómo las lágrimas brotaban de sus ojos, complaciéndose en creer que sufría mucho. Algunas veces, movida por extraño sentimentalismo, hacía fuerzas para llorar más, y otras sostenía largos y curiosos monólogos..." Todo al fin acababa en una explosión de ternura hacia su tío un poco olvidado en los pasajeros arrechuchos sentimentales: "¡Ah Tito, Tito, sólo tú me comprendes!" Beba se

casó "de la manera más natural del mundo", "como se casan la mayor parte de las mujeres", ciega sobre las cualidades íntimas de su novio, — Rafael Benavente, — y sobre el destino que la esperaba. Pronto vió que su marido era un hombre nulo, sin personalidad, sin carácter, sin vida propia, todo puesto en la corrección del trato social. No tenía Beba en Montevideo ni amigas ni distracciones. La soledad se le hacía insoportable en su aburrimiento de mujer mal casada cuando un viaje a la cabaña de Ribero, durante el verano, renovó en su alma, entre las cosas familiares, las impresiones de su juventud dichosa y libre. Mejor que nunca pudo apreciar entonces los cambios de su existencia junto a su tío y su marido. Eran contraste vivo el uno del otro. Bueno y todo su marido, sin el prestigio de la urbanidad brillante, nada tenía que valiese, nada significaba a sus ojos abiertos a la verdad, como no fuera la negación andante de todo lo que engrandece al hombre y la vida, sin el atrevimiento ni la fuerza de la negación reflexiva y voluntaria. En Ribero, por lo contrario, descubría con su nueva experiencia del mundo, la originalidad del hombre que, sin que ella se hubiese dado cuenta, la había hecho a su semejanza, para otra suerte, para otro destino. Beba lo había acompañado y volvía ahora a acompañarle nuevamente en la vigilancia y el gobierno de las faenas; ganada por los gustos de Ribero, compartía sus entusiasmos, sus luchas y penurias. No había en la cabaña lugar o cosa que

ella ignorase o no le interesara. Diariamente una operación cualquiera los retenía durante largas horas en la soledad del campo mientras el marido y la familia de éste, enemigos del ajeteo al frío de las madrugadas y al sol de los mediodías, se resguardaban de la intemperie, en la casa y sus alrededores más protegidos. En tío y sobrina, tras la separación, revivía más intensamente el placer de sentir uno en otro la conformidad de su carácter y naturaleza. Fácil le fué a Ribero percatar que Beba no estaba satisfecha de su matrimonio: adivinó su desengaño y por ella misma supo su íntima desavenencia con todos los Benavente. Nada había para éstos en el mundo fuera de la figuración social, y Beba no sabía resignarse al papel, que se le asignaba, de mujer frívola, sin corazón ni cabeza, entre seres que no tenían más vida que el aparato mundano. También ella hizo un gran descubrimiento: sin quererlo, dejaba Ribero entrever, a medias palabras, que había en sus sentimientos con relación a Beba algo oculto, y poco a poco ella fué sorprendiendo la revelación de un antiguo amor hondo y callado. Toda ella correspondía a ese afecto; y sin embargo, a pesar de su común desprecio por la opinión ajena y de su valor para afrontar un rompimiento con todos, respetaron los dos su recíproco silencio sobre esta situación difícil, hasta que, el día fijado para el regreso de los veraneantes a la ciudad, un hecho casual los puso en trance de morir, y Ribero, afiebrado y como fuera de sí, pudo

hablar sin el temor de que su confesión fuese un lazo para lo futuro. Beba había sido arrastrada sola, en una canoa sin remos, al vadear un río atormentado por la tormenta, y él, saliéndole al paso para socorrerla, había logrado unírsele. Agotada su energía en inútiles esfuerzos, con la desesperación de no salvarla, seguro de que los dos morirían, declaró lo que ya no era un secreto para Beba. No se produjo al fin el desenlace previsto. Serenó el tiempo y fueron recogidos, aguas abajo, muy lejos, en la casa de unas buenas gentes. Desde entonces pudieron creerse libres en la felicidad de un amor que no reconocía obstáculos. Mas no fué así: Ribero, irritado por la reprobación común, acabó por abandonarse al arrepentimiento, y advirtió un día que su empeño de mejorar el ganado por la reproducción entre consanguíneos fracasaba irremediablemente, porque favorecía el desarrollo de los vicios hereditarios: era el desastre de toda su actividad, de su único propósito; triunfaba de su inteligencia, la ignorancia rutinaria que deja a la casualidad el desenvolvimiento de la ganadería. Beba, con estremecimientos de madre en las entrañas, aun pensó un instante que su hijo sería la salvación de ellos en una existencia nueva, con otros fines, con ocupaciones más afectuosas, con más grandes ideales. Su hijo nació muerto y era un monstruo. Todo había terminado: no le quedaba más que su desgracia y la ahogó en el suicidio. (1)

(1) Quiera el lector tener presente que estas páginas se escribieron con la intención de facilitar estudios uni-

La impresión que se recoge en *Beba* no es bien clara, completamente nítida. Ello proviene de que el autor ha querido eliminarse de la obra al mismo tiempo que se ponía en ella, de modo indirecto, reflejándose en Ribero y la protagonista. Es la preocupación de objetividad llevada a un desbordamiento de subjetivismo. En efecto, Reyles ha encarnado su personalidad en esos dos personajes, con cierta apariencia de contención femenina y más firmeza de fondo en la muchacha, con brío más pronto y menos constancia en el hombre. Tío y sobrina sólo difieren en que el primero tiene más fácil y rápida la resolución que traduce en actos sus ideas, y en que, al fin, contra toda expectativa razonable, ceja ante opiniones que eran para él prejuicios despreciables. Ambos en lo demás sienten y piensan y hacen lo mismo.

Ribero ha roto con los hombres tras el desengaño de sus ilusiones juveniles; Beba recién casada entra apenas a la sociedad cuando se vuelve de ella, a su anterior retiro, con todo su deseo nostálgico. En esta repugnancia común está el punto de partida en la significación moral de la novela. Reyles hace del primer acercamiento a la gente una causa de justa misantropía. Es un hecho constante ese choque del sueño que sonríe de esperanzas cuando se llega a la vida, contra la realidad que no se entrega al simple anhelo como regalo, sino al es-

versitarios y que por eso en ellas están acaso demasiado prolijamente expuestos los argumentos de las novelas, porque así conviene para los análisis de clase.

fuerzo como recompensa de lucha. Las personas defraudan en su trato mezquino todas las promesas que anticipa a las almas superiores la visión optimista del mundo. Sería necesario valer muy poco en la juventud para afrontar lo porvenir con una pobre idea de nuestros semejantes cuando sólo se conoce de ellos lo que ha podido aprenderse en uno mismo.

Ribero y Beba no han recibido la preparación indispensable para evitar el golpe del primer encuentro. Malo era el tío para educador a pesar de su estudiada pedagogía. Quiso ahorrar a la niña el dolor de las burlas infantiles en el colegio y creyó que bastarían sus disertaciones para formar una mujer. "Yo le daré del mundo, — decía, — una intuición ni muy vulgar y prosaica, ni muy poética y encumbrada, mezcla saludable de ambas cosas, que ilumine su cabeza disipando las nubes de temprano romanticismo que la oscurecen, sin que esto implique dejarla caer en grosero prosaísmo. Eso, eso, ni angel ni demonio, pero ambas cosas a la vez: lo que al fin somos: monigotes de barro que anima una chispa de fuego divino".

Era razonable el ideal, pero no lo fué su aplicación. Beba creció sola en el campo, leyó poetas y novelas de romántico sentimentalismo, pasó en la ciudad breves temporadas brillantes de fiestas y paseos y hasta representó el papel de enamorada en las escenas *Romeo y Julieta*. Lo representó con su entusiasmo, tan a lo vivo que la sorprendió un

momento, de pronto, que no fuese verdad lo que ella hacía y que hubiera frente a ella un público. Después imaginó enamorarse varias veces, y una de ellas se casó. Vió el mundo entonces y conoció a su marido y a la gente. Se halló, en su existencia de mujer casada, reducida, según su fórmula, a "algunos quehaceres tontos y otros tantos entretenimientos frívolos", y se dijo y anotó en sus memorias: "... fuere cual fuere la razón de nuestro oscuro y mísero destino, y aconseje la moral cristiana lo que le parezca, — resignación a todo pasto probablemente, — yo no me convengo ni me resigno; no, no y no; siento una voz interna que me grita: "re-bélate, rebélate; es mentira y mentira eso que Dios te dé con una mano facultades preciosas y con la otra te obligue a sofocarlas, a aniquilarlas; no hay ninguna razón humana ni divina que te obligue a ser víctima silenciosa del egoísmo de los hombres, a aceptar sin decir oxe ni moxe el reducido hueco que te dejan en el mundo". ¡Y cuidado que está mal hecho el mundo!" La misma idea reaparece, como tenaz, en su diario. Un día escribe: "¡Pero, Señor, yo he venido al mundo para esto! ¿Solamente para esto?"; y otro agrega: "A todas horas me hago atribulada la misma pregunta, y aunque comprendo que sí, que mi daño es irremediable, no me resigno y me acometen ideas de rebelión contra mi estrella, y aun, — Dios me lo perdone, — contra Dios mismo por dejarme de su mano. Renunciar a la vida... ¿por qué?... Algo

me dice que, teniendo hermosura y juventud, tengo derecho a ser dichosa”.

Beba siente su vida inempleada, sin objeto, vacía. De las personas que la rodean apenas cabe decir que son vanas y vulgares. No les imputa ella otro cargo y no puede soportarlas ni sobrellevar su mala suerte. De esta situación, en la que Beba es superior a todos, surgirá el conflicto cuando reaparezca Ribero, eclipsado un momento, con el triple incentivo de los felices recuerdos lejanos, de su valor personal y de su amor oculto. Beba corresponderá secretamente a su amor adivinado y compartirá con exaltación su empeño de labor. Tiene así lo que antes le faltaba: una alma y una ocupación a su medida.

No parece gran cosa para una mujer la cría de ganado, más lo era, por su originalidad y trascendencia, en el plan de Ribero. Lo es en la novela también para todos, porque se abre por ella el panorama de nuestros campos con escenas de nuestras costumbres regionales. La madrugada, el mediodía, el anochecer, los rodeos, la yerra, todo en toques ligeros, desfilan página tras página. Hay además, en el contraste de una gran aspiración y el trabajo de la ganadería, cierto atractivo de rareza, — fusión de lo romántico en el realismo, — que es muy natural al gusto de Reyles. Y por fin, la semejanza fisiológica desarrolla en paralelismo el ensayo de procreación entre consanguíneos y el amor de Ribero y su sobrina, y de este modo reproduce la no-

vela, como en su fondo, con vaga significación y oculta resonancia de símbolo, el motivo que mueve a fatal desenlace la situación de los protagonistas. El hijo de Beba y Ribero nace monstruoso con degeneración análoga a la descendencia del padrillo Germinal. *Los Espectros* y los Rougon-Macquart habían puesto de moda los problemas de la herencia; nada, pues, más corriente que la tentación de aprovecharlos para determinar una acción de novela. Como en el drama de Ibsen, ellos no son aquí elemento primordial, sino simple dato, causa externa de una crisis de conciencia. El interés de *Beba* está, en primer término, en la actitud y los sentimientos de sus dos personajes centrales; sólo se extiende como a cosa de segundo orden a la realidad exterior. Encontramos en ésta a la familia Benavente y su círculo, a la campaña y al coronel Pedro Quiñones.

Del coronel Quiñones ha trazado Reyles un retrato lleno de verdad y sentido. Es un tipo del momento histórico, “paisano vivaracho y peligroso, con sus puntas y ribetes de caudillo y cojeras de doctor, que había hecho su agosto por el año 1876, siendo jefe político. Quiñones ascendió en su carrera, más que en los campos de batalla, donde se distinguió como soldado valiente, en asonadas y pronunciamientos o desempeñando difíciles y tenebrosas comisiones, de las cuales salió airoso siempre, porque según frase suya, *era hombrecito que, en cualquier parte que se bañara, sabía donde de-*

jaba la ropa. En trabajos de esta índole y otros brujuleos de la política al por menor y de baja estofa, adquirió tan profundo conocimiento de los hombres con quienes tenía que habérselas para sus enjuagues, que llegó a ser dentro del partido, durante los gobiernos de Ellauri, Varela y Latorre, personaje necesario para indicados usos, y después, como remate de tan laboriosa preparación, *hombre de confianza* en los gobiernos sucesivos. Por no sé qué importante cuanto misterioso servicio, obtuvo Quiñones la jefatura, y en tal punto, creyendo muy discretamente que le hacía falta al exterior de su persona un poco de adorno y pulimento, le tomó los puntos a *Su Excelencia*, el general Santos, a quien servilmente, por arrancarle una sonrisa, imitaban en el vestirse y componerse los militares de cierto fuste. Quiñones se dejó crecer las uñas, empleó él *precisamente* a cada paso, y en las carreras lo vieron aparecer con el *gacho* color café sobre los ojos, el ponchito de vicuña al hombro y el látigo con pasadores y *virola* de plata colgando de la muñeca. Y en tal camino ya y con tales arreos, arrogante porte y turbia historia, fué adquiriendo poco a poco los vicios y perfiles del caudillo de campaña, personaje típico y criollísimo que las gentes han *dato* en llamar *angelitos*, sin que le faltase un solo detalle: ni el andar quebrachón, ni la mirada oblicua de los perdonavidas, ni el grosero y amarillento pedrusco en el meñique de la mano izquierda". En *El Terruño* exhibirá Reyless, en contraposición con éste, otro retrato de caudillo,

— el de Pantaleón, que no es hombre de los gobiernos, sino de las revoluciones. Ambos pertenecen a la galería de nuestra historia nacional como figuras descollantes en la desorganización civil.

Debe señalarse en *Beba* el juicio que Reyless formula, por boca de Ribero, sobre la situación social. Allí están ya, más que en germen, sus ideas posteriormente expuestas en *El Ideal Nuevo*, *La Muerte del Cisne* y *El Terruño*, acerca de la transcendencia económica y la acción rural. Nada espera de los gobiernos, como no sea que no estorben y, a lo más, secunden el esfuerzo de los ganaderos progresistas. Sólo de éstos y de su industria natural y espontánea puede surgir nuestra prosperidad y engrandecimiento. "No somos fuertes porque no somos ricos". La política no cuenta para nada, sino como causa de trastorno, en la marcha del país. Es tontería culpar de nuestros males a los malos gobiernos, porque ellos son "empujados por la fuerza de las cosas y a esa fuerza le imprime dirección el pueblo, todos nosotros". "La campaña, esta pobre campaña tan rica, tan generosa, y a la cual lo debemos absolutamente todo, sufre sumergida en la ignorancia las desdichadísimas aunque naturales consecuencias de nuestro espíritu estrecho, cerrado a toda idea nueva. Somos lo que hemos sido siempre: unos pobres gauchos petrificados dentro de nuestros ranchos de terrón y paja, mientras que afuera todo se transforma y progresa. Hacemos, cuando hay ganado gordo, una tropita; les *bajamos* por Octubre el escaso vellón a las ovejas, y dormi-

mos tranquilamente el resto del año, dejando a Dios el cuidado de vigilar las *haciendas* y darles lo que les hace falta. La inteligencia del criador, arma poderosa con la cual se han mejorado todas las razas, es entre nosotros un instrumento inservible, y como no lo ejercitamos para nada, dicho se está que nos vamos embruteciendo rápida y profundamente, a la par que en nuestros corazones mueren todos los sentimientos nobles y generosos. ¡Sí, la lepra de la sordidez ya hace presa en los degenerados paisanos; ya hay entre ellos muchos usureros y prestamistas, y también avaros que guardan sus monedas en un rincón escondido del monte! Hablarles a estas gentes de las reformas que a gritos está pidiendo la ganadería, y que suponen amplitud de miras y liberalismo, es predicar en desierto. ¡Y pensar que la riqueza del país está en esas manos!”.

Su altivez emprendedora pierde a Ribero en la tentativa de adelantar el cultivo de la hacienda. Aun antes del fracaso, no es ya lo que era al principio. Desde que hace suya a Beba, a pesar de la tranquila resolución con que ella se le ofrece, decae en escrúpulos y dudas; se considera culpable y va esquivándose descontento y moralmente quebrantado. No está de acuerdo esta brusca virazón, con sus antecedentes conocidos; nada ha transparentado antes la debilidad que ahora se pone tan claramente de manifiesto. Es cierto que había mantenido oculto su amor, pero no se nos ha dicho que así lo hiciera por timidez o cobardía, y puestos a conjeturar, su carácter y temple nos inducen a creer que dominaba

sus sentimientos para no turbar con ellos los de su pupila primero, los de una mujer ligada en matrimonio después. Ribero cesa de interesarnos desde que se desvía de Beba. Es como otro hombre que asomara apenas al campo de nuestra visión para retirarse de inmediato. De él, que antes arriesgaba su fortuna por una idea, ahora sólo se nos dice que anda bien de negocios y que por atenderlos en campaña ni siquiera acude al parto de Beba que le dará un hijo en la ciudad. Queda sola Beba para morir desesperada y grande en la indiferencia de los que viven pequeños y conformes.

Así termina desastrosamente su historia. Mientras ella marcha libre a su perdición y sucumbe por la generosidad de nobles propósitos, sigue a su lado y se prolonga tras ella la vida fácil de cuantos, arrastrados por la corriente común, ni se paran a consultar la propia conciencia ni comprenden que la sinceridad obligue al sacrificio y valga, en la misma derrota, más que la victoria. En este desenlace desgraciado como a través de la obra entera en la actitud subversiva de los personajes principales, está el pensamiento de Reyles. Es siempre la protesta, aquí más sorda y más íntima, contra la vida que sacia miserablemente de felicidad estúpida a quien nada pide, a quien se contenta con cualquier cosa, y desoye y maltrata a quien reclama, aun a costa de la dicha, la satisfacción de un supremo anhelo de verdad y grandeza.

ANARQUÍA MORAL:

LAS ACADEMIAS

En las academias se nos presenta Reyles bajo un aspecto nuevo que, bien mirado, es natural consecuencia de su falta de fe y confianza en nuestro destino terreno. Ya no quiere ser ni acusador ni juez: borra de sí hasta el rastro de la preocupación moral que antes lo sublevaba, y se dice: Puesto que la realidad es inexorable a toda aspiración humana, resistámonos a las sugerencias del espíritu que no hallan correspondencia en la vida; domeñemos a ésta, no la consultemos, hagámosla nuestra esclava. Puesto que sería irrisorio en el caos del mundo un ideal de bien sin base ni razón de ser ni orientación segura, demos a nuestras energías el solo objetivo razonable que nos queda: la busca de la felicidad en el placer. Ninguna ley, ningún principio, ningún respeto sean obstáculo entre la voluntad y el deseo. Hagamos de la inteligencia inútil en nuestra conciencia sin credo un instrumento de análisis para disfrutar la existencia más entrañablemente y con delectación más sabrosa. Pervirtamos a capricho nuestra naturaleza, y gozaremos así, de manera insólita, impresiones indiferentes y dobles en las cosas habituales y gastadas para la emoción. Seamos artistas, es decir, espectadores inteligentes y fríos del bien

y del mal, soñadores despiertos de quimeras, creadores de nuevos halagos sensuales. "La novela moderna, — recuérdese la cita precedente, — debe ser obra de arte tan exquisito, que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara".

En *Primitivo* delinea el retrato íntimo de un hombre ingenuo y humilde. Es un paisano de mansas virtudes que a fuerza de privaciones ha reunido un pequeño capital y trabaja por cuenta propia, lleno de esperanzas y alegría. Lentamente ha adelantado entre penurias: primero fué peón de estancia; después formó con ovejas de mala clase una majadita que poco a poco fué mejorando gracias a sus muchos cuidados; por último, — era su ambición final, — compró un campito. Se había casado con una mujer dulce y hacendosa. Exultante, después de la compra tan soñada, pensaba en el contento de su compañera cuando, al entrar al rancho, la sorprendió en compañía de un hombre. Era éste Jaime, un medio hermano de Primitivo, en todo opuesto a él, aindiado, revoltoso, vago. "El padre de Primitivo, extranjero pacífico y trabajador, había muerto con el alma llena de odio hacia el hombre, — padre de Jaime, — que le había robado mujer y hacienda". Se repetía en los hijos la situación de los padres. En el estupor de la verdad insospechada, un sentimiento nuevo, el odio, ocupó, sin dejar sitio a otro ninguno, el corazón sencillo de Primitivo. Reconcentrado, sin alboroto, exigió de Jaime que pagara

a su mujer como se paga a las prostitutas y guardó la moneda. Día a día la colocaba sobre la mesa al comer; desahogaba así implacablemente la rabia de su encono, y la culpable humillada se consumía en el martirio de la afrenta constante. Ya no hubo para Primitivo ni alegrías ni esperanzas ni distracciones; vivía, cerrado a todo, en la idea fija de la traición. Cuando al fin murió su mujer, se resolvió de pronto a acabar con el otro culpable y salió a buscarlo por las pulperías del pago; mas ya era tarde: Jaime también había muerto. No le quedaba a Primitivo nada que hacer, y sufría, insoportable, el deseo insatisfecho de la venganza imposible. Alocado por la desesperación, incendió cuanto subsistía de su pasada existencia y murió entre el fuego.

La historia de Primitivo es aparentemente clara y sencilla como el más sencillo y claro cuento infantil. Muchos debieron preguntarse, al terminar su lectura, si el autor se había engañado a sí mismo o había querido engañar al público en las páginas primeras que hablan de refinadas inquietudes y profundas complejidades. Alguien llegó hasta decirlo: "Un monaguillo crítico, cuyo gusto en literatura y... en todo, es muy conocido y justamente apreciado, asegura que la novelita esta no tiene novedad ninguna, que es poco más o menos lo que han hecho los demás escritores del país, por ejemplo — la intención se trasluce — él, con sus cuentos vulgares e insulsos". (1) La novelita es, sin embargo,

(1) *El Extraño*, del mismo Carlos Reyles.

interesantísima y original en todo y por todo. La figura de Primitivo está magistralmente impuesta en pocos rasgos. Ella convierte a su modo, según su idiosincrasia precisa, un fondo común de trágica humanidad. Primitivo alimenta su natural rudeza candorosa en las vírgenes y más hondas energías de la raza. Es totalmente sano y bueno, espíritu de una sola pieza: por eso no logra comprender y combatir el mal injusto; empeñoso y perseverante mientras la felicidad se le ofrece como una recompensa a lo lejos, cae instantáneamente en apatía insacudible ante la traición de la suerte, que para él es una fatalidad oscura y formidable. Puede a veces pensar que si él quisiera, si él hiciese algo, todo cambiaría y volvería a sonreír en su casa el cariño de la mujer arrepentida, la prosperidad de la majada rehecha, el bienestar confortante que premia a una labor fructuosa; pero es en vano: el recuerdo tenaz de su desgracia inmerecida, un desengaño absoluto, apaga en indiferencia rencorosa, la momentánea ilusión impotente. La vida ha sido para Primitivo un sueño de penosidad en el trabajo humilde y promisor, interrumpido bruscamente por la más bárbara iniquidad, en la hora de la retribución ya ganada. Primitivo despierta anonadado, sin fuerzas para la acción, sin estímulo para seguir o reiniciar, a ciegas sobre el desenlace, una lucha con el destino desleal.

El papel de Adelina es secundario: se reduce a motivar con el adulterio, el cambio de Primitivo, y

sin embargo, el proceso de la idea de culpa estudiado en su conciencia iguala en interés a lo mejor de la obra. No conocemos el pasado, los orígenes, la formación de Adelina; la encontramos, ya mujer hecha, casada con Primitivo. Sabemos por una breve reflexión de éste, que los dos hermanos rivales, cuando soltera, la requirieron de amor. Nada nos informa positivamente sobre las causas que decidieron su preferencia. Primitivo, puesto en antecedentes con el descubrimiento de la traición, recuerda que Adelina y Jaime cruzaban a veces, con disimulo, miradas y sonrisas maliciosas. ¿Lo engañaban ya? ¿Fué su poco dinero lo que Adelina quiso en él? Nada en el trato de la mujer feliz delataba semejante bajeza mientras el engaño se mantuvo oculto a la credulidad inocente de Primitivo. Conocido el adulterio todo se transforma para Adelina: ve la transformación súbita de Primitivo por obra de su infidelidad; empieza a palpar, en sus resultados, una maldad que nada le había hecho advertir antes en la propia conducta. “Más que los remordimientos de la falta, la atormentaban sus consecuencias”. “¿Qué malo debe ser lo que he hecho!”—se decía.—“¿Y todo esto viene de aquello?” se preguntaba absorta en la miseria actual de su anterior existencia desmoronada. “En las reconditces de su alma nacía violento odio contra el amante, y juntamente un sentimiento indefinible y muy complejo, mezcla de admiración, miedo y lástima, hacia el hombre que la martirizaba”, su ma-

rido. El esposo ultrajado crecía a sus ojos en la actitud fiera de su apartamiento inquebrantable. "La grandeza de aquel odio la atraía y subyugaba del mismo modo que subyuga y atrae el abismo". "La podredumbre de aquel hombre, antes tan sano y fuerte, y ahora despreciable, vil y abyecto, era obra suya, y este sentimiento elaboraba en su alma femenina ternuras inauditas e inclinación amorosa explicable tan sólo considerando que acaso las mujeres sienten la necesidad de amar especialmente a los hombres que destruyen".

Julio Guzmán, el protagonista de *El Extraño*, ha apreciado agudamente el valor de *Primitivo*. Señalando en sus páginas la observación transcrita, sobre la necesidad que experimentan las mujeres de amar especialmente a los hombres a quienes destruyen, "Justo y bien expresado, — exclama. — Reconozco en el autor una criatura de mi patria espiritual. Tiene su manera cierto ímpetu, cierto sabor extraño que seduce: acción sugestiva, rápida, — parece que quisiera al fin de cada capítulo, provocar una serie de reflexiones, de pensamientos; y finezas de dicción, símiles y tropos rebuscados, extravagantes a primera vista, pero precisos y no desprovistos de encanto si se miran atentamente... términos felizmente aplicados y que me hacen el efecto de joyitas peregrinas. Otras veces la hermosura nace de la valentía y la sequedad de la expresión... Cierta novedad avalora estas imágenes y figuras, cosa que tiene más importancia que parece:

quien varía la forma produce sensaciones nuevas". "El valor que hace falta para no velar la bella desnudez de una frase es compañero siempre de la sinceridad artística y no lo tienen los mogigatos ni los mendicantes de la literatura". (1)

Los que no supieron sospechar a quien se referían estos elogios, podrán ahora, asombrados con escándalo, censurar a su gusto la inmodestia vanidosa de Reyles; pero será bien sepan antes que Guzmán alaba únicamente la parte psicológica y técnica de *Primitivo*, y no la pintura fuerte y fresca de sus cuadros reales, porque tiene el espíritu menos abierto que el autor a la belleza natural.

Todo es igualmente loable en *Primitivo*: la visión realista, el regionalismo exacto en los hombres y en las cosas, el trabajo de la expresión. Está allí unida la perfección del arte a una profunda impresión filosófica de la miseria humana. La vida uruguayana palpita amasada al dolor trágico de un nihilismo escéptico. Sin digresiones ociosas, late de angustia, en ese cuento sencillo, el corazón del hombre desvalido ante el enigma del mal y de la vida incomprendible.

Manifiesto es el contraste de *Primitivo* con *El Extraño*. Se siente el uno como arrancado de cuajo a la vida cuando la vida lo reduce a una situación

(1) Hay sin embargo una delectación forzada y excesiva en la admiración de J. Guzmán por ciertas cosas de *Primitivo* que sólo tienen de particular lo que tienen de inconveniencia.

falsa, y no acierta en su confusión a moverse fuera de las normas claras y acostumbradas de una moral evidente; el otro, Julio Guzmán, extraño en su familia, en la ciudad, entre los hombres todos, existe sólo para el refinamiento de una perversión artificiosa. Le dan sus pocos bienes lo bastante para no afligirse en trabajo alguno; es egoísta y exigente; ha viajado y leído; le repugna la vulgaridad, viste con elegancia y exageración, busca lo raro, lo difícil, las complicaciones del estetismo. No lo comprenden los de su casa, tampoco sus amigos; a todos oculta su intimidad de soñador; hace, con sutil maestría, versos difíciles que nadie conoce; prepara lentamente, sobre el amor, un libro de estudios y experiencias. Tiene por querida a una mujer casada a quien recita composiciones de Baudelaire y llama "Vaso de tristeza", "grande Taciturna"; pasa con ella, en tenue penumbra perfumada con flores, largos ratos de silencio feliz en dulce emoción vaga. Con el pretexto de esconder esas relaciones ilícitas, sugiere a su cómplice el proyecto de casarse con la hijastra de ella; y puesto en práctica, ya concertado el matrimonio, lo tienta y domina el deseo infame de confesar a la novia el secreto de su propósito criminal; porque ama todavía a su querida, pero también ama, de otra manera, con cierta curiosidad sentimental de regeneración, a su futura esposa. La querida ha sido, es aún, el instrumento frágil que necesitaba y necesita para exaltar hasta el goce de la culpa su ener-

vada sensibilidad; ¿por qué no hacer de la novia un instrumento de purificación? Va en esto el sacrificio de las dos mujeres amadas, — la traición cobarde a la querida y el desilusionamiento cruel de la novia. ¡Consumir dos vidas pasionales en la experiencia peligrosa de una aspiración extraordinaria! ¡Qué regalo exquisito para su egoísmo espléndido! Y la confesión estúpida, hecha con delicia y miedo, pone fin a los dos amores cultivados con estudio.

¿Qué es, a la verdad, el extraño? ¿Qué piensa de él su creador? Ya lo veremos después, con exactitud cumplida, en *La Raza de Caín*; pero entre tanto vale indudablemente la pena de inquirir, desde ahora, cuál era la actitud de Reyles con relación a su personaje. "El autor, en mi opinión, — escribe don Juan Valera, — aspira a que admiremos a su héroe; pero, — agrega, — sólo logra que nos parezca insufrible, degollante y apestoso". ¿Puede admitirse en novelista como Reyles un fracaso de tal magnitud? Ciertamente Julio Guzmán profesa todas las más queridas ideas de Carlos Reyles; por su cuenta y a nombre propio, las expone al autor, a manera de aviso, al frente de *El Extraño*, y por cuenta y en boca de Julio Guzmán vuelven más tarde con ocasión de Ibsen y *Los Aparecidos* una vez, y otra vez a propósito de *Primitivo*. No es creíble que haya entre ambos disparidad de criterio sobre las cosas que uno u otro juzga en las páginas del libro mientras no se llega a la situación

de Guzmán con su novia; mas ya en este punto la posición cambia tan radicalmente que sólo a una ciega despreocupación puede escapar disimulada. En efecto, Julio Guzmán acaba, juguete de su pensamiento postizo más fuerte que él, arrastrado a una villanía imbécil. "En el fondo de la amargura y disgusto que le producían los crueles análisis del propio corazón, llegó a sospechar que en el fondo de su afecto hacia Cora, sólo existía el cariño de sí mismo, y que lo que avivaba la llama era algo así como una piedad monstruosa, nacida de la idea más o menos difusa, de que la niña bella y angelical, iba a ser su víctima, una cosa sacrificada a su existencia". "Por otra parte la conquistada y la sacrificada, perdiendo el carácter de tales, se habían desvanecido, y su amor hacia ellas también, porque él las amaba porque lo amaban, o más bien dicho, amábase en la pasión que había sabido inspirar a las dos mujeres". (1) Consumada la bellaquería de su ruindad, "entornó los ojos para sentir más el dolor, sin dolor, de la racha de sentimentalismo

(1) Es la herencia del sentimentalismo egoísta sublimado por Chateaubriand. Compárese la actitud de J. Guzmán con la del gran romántico francés, de quien dice G. Lansan: "Il ignorera toujours la douceur de se donner et de se devouer. Il aura des tendresses délicieuses; il aimera ses amitiés et ses amours, c'est-à-dire lui-même ami et amant, infiniment plus que ses amis et ses aimées; il s'aimera effrénement dans l'image splendide que d'ardents affections lui reenverront de son être: une de ses voluptés choisies fut de se mirer dans un cœur qu'il remplissait".

que lo entristecía poéticamente y le arrancaba las lágrimas negadas al dolor verdadero. Sentía oculto gozo en sufrir, en abandonarse a las penas, porque le parecía que eso demostraba que aun era rico en sentimiento". (1) "En el fondo comprendía que todo aquello era falso y ridículo, pero le hacía bien". Sin embargo, la verdad lo aterra al fin: "Yo sólo he hecho frases: no he sufrido, no he amado... El amor y el dolor sólo son fecundos; lo intelectual es estéril; mi existencia no tiene objeto".

¿Cómo aceptar con D. Juan Valera, que Reyles proponga a nuestra admiración tal mentecato? ¿Cómo, por otro lado, explicar el error del crítico sagaz? Carlos Reyles, apasionadísimo siempre y atosigado un tiempo con el arte de la complejidad espiritual, como lo revela su programa de las academias, hubo de querer que sus gustos y doctrinas actuaran sobre un sujeto incapaz de ellas para que la complicación fuera más sutil en su obra, y resultó así, Julio Guzmán, de pobre personalidad maleada con la más fina pero también más dañosa cultura. Sus ideas que no son de él porque él las haya descubierto, sino porque las ha recogido en los más nuevos y atrevidos espíritus, o acaso en el aire, y que a la vez son o han sido las del mismo Reyles,

(1) Actitud espiritual idéntica a la señalada antes en Beba, que "movida por extraño sentimentalismo, hacía fuerzas para llorar más".

indujeron a Valera en el engaño de atribuir al mezuino personaje, la estimación en que tenía el autor, no al sujeto, sino a sus tendencias. Esta distinción, imperfectamente marcada, entre el protagonista y su pensamiento, es la parte débil del libro. Hay que leerlo casi hasta el fin para encontrar de modo claro, en el retrato de Julio Guzmán, el toque desfavorable, su limitación, su insuficiencia, y cuando se llega a ese momento ya está hecha la ilusión de identidad entre el personaje y el alma del autor. Por eso chocan los capítulos finales, que no parecen razonable consecuencia de los antecedentes. Nada al principio denuncia la estupidez inabarcable que Guzmán demuestra en las últimas páginas.

Este reparo sobre la verdad psicológica del personaje en nada afecta a las observaciones y los análisis agudísimos que llenan la academia de un extremo al otro. "Última moda de París" llamó D. Juan Valera a la obrita de Reyles, y si es justo rechazar en su pulla ingeniosa la nota de frivolidad que zahiere, es también justo proclamar la especie de adivinación que hay en ella. Estaba don Juan Valera algo atrasado en sus informaciones sobre la novedades literarias de París; nada sabía de Maurice Barrès; pero acertó con buen tino cuando, ignorando la influencia directa de éste sobre *El Extraño*, señaló la ascendencia de Paul Bourget a la escuela de Reyles. Julio Guzmán quiere ser un hombre libre bajo el ojo de los bárbaros y convierte

su querida, a imagen de *Bérénice*, en mero grácil motivo de emoción. (1) No experimenta, como Barrès, el goce intenso de vivir cerebralmente los sistemas de filosofía; pero se ha apropiado su manera de reflexión constante, su introspección lúcida.

El Sueño de Rapiña es una composición quimérica de transcendental simbolismo. Un buhonero enriquecido en su comercio a través de las poblaciones diseminadas en nuestra campaña, sin más pensamiento ni pasión que la codicia de oro, se echa sobre la tierra a descansar en la soledad de un monte. Es primavera; la claridad lunar dibuja entre los árboles un paisaje de ensueño. Hay en las cosas una virtud oculta que hace perceptible la vida universal; parece que algo en el aire pugna por adquirir cuerpo y forma. La voluptuosidad crea apetitos vagos. Rapiña, dormido, sueña: ve, atónito y reflexivo, las imágenes de los placeres que no ha gozado. Se le representan, con el esplendor de un prestigio fantástico, tales como sólo un artista podría concebirlas, figuras que él no percibió jamás: un palacio primoroso; hermosos jardines paradisíacos; sendas balastradas con grano de oro; fuentes y surtidores de agua musical; flores y perfumes de flores; aves y cantos de ave; mujeres, alegría de mujer, belleza de mujer, más graciosa y no menos firme en la palpitación de la carne desnuda

(1) M. Barrès: *Sous l'oeil des Barbares* (1888), *Un homme libre* (1889), *Le Jardin de Bérénice* (1891).

que en la pureza de las estatuas quietas en su blanca luminosidad bajo las sombras de la noche constelada. En medio de todo esto Rapiña siente que ve y sabe más que en su vigilia, que vive en otro mundo y que no es imposible lo que seguramente se lo hubiese parecido a estar despierto. Conserva en el sueño, con la consciencia del sueño, su ordinaria personalidad, y se pone a recoger el oro de los caminos, dejando para más tarde los goces que desea y se promete. Lo agobia la fatiga en su tarea; pero no cesa ni cede su afán a la tentación de los encantos fascinantes. Lo despierta en su ajeteo el temor de que le roben su tesoro y se encuentra con un paisaje distinto al de la víspera. Es invierno ahora. “¿No soñaba o soñaba?... ¿Quién puede decirlo?”. “Tuvo la triste certeza de que su sueño había durado muchos años” y murió, sin haber vivido, recordando las visiones de los placeres ignorados.

A “el extraño”, que ha intentado construirse artificialmente una felicidad superior, se aparea en cierto modo Rapiña que, insaciable de riqueza inútil, no sabe aprovecharla en el placer y expira con hambre de carne y sed de vino y fiebre de deseos. Víctimas de errores vitales, vuelven ambos tristemente su atención a las cosas que despreciaron: al amor, al dolor, a la alegría, a la verdad, que es fuerza y salud.

El Sueño de Rapiña es excepcional por su forma y simbolismo entre las obras de Reyles; las otras se ciñen siempre a una realidad inmediata, sea exte-

rrior o psicológica: directamente reproducen la apariencia de las cosas o desentrañan los movimientos del corazón y la conciencia; por lo contrario, en este último cuento, el sentido rompe su envoltura, se libera de toda verdad superficial y crea una expresión de arte independiente y quimérica. El sueño de Rapiña se sustrae al imperio del tiempo: se inicia con el hechizo que irrumpe de la naturaleza en la magia de una primavera esplendente y acaba aterido bajo el rigor punzante de un invierno; dura toda una vida y es sólo trasunto simbólico de ella. Rapiña, soñando, adivina lo que nunca supo, y ahonda en la secreta significación de cuanto le acontece con inteligencia más fina que en sus vigili- as. Destella en su visión imposible el lujo deslumbrante de la más fantástica decoración, y tras la maravilla de las imágenes que desfilan en cortejo, se difunde en impresión progresiva el pensamiento de obra.

Es cosa de preguntarse, leídas ya las academias, si efectivamente cumplen, y hasta dónde, el programa de Reyles: ¿cómo “afinan” la sensibilidad? ¿qué “visión nueva y clara de la vida” es la suya? Se impone desde luego, con la evidencia de lo patente, la falta de todo principio superior al desenvolvimiento mismo de los seres. Ni ideal, ni obligación: rigen al hombre las oscuras fuerzas del instinto y de la pasión sin freno. Somos avidez, ansias, caprichos cuando afirmamos nuestra existencia en progresivas conquistas de felicidad; somos, si no,

presas miserables a merced de la suerte o de la voluntad ajena. Comprender esta verdad vitanda es un placer trágico de liberación intelectual; ella da al pensamiento ese tono de amargura que intensifica el gusto de los vinos generosos. ¿Qué es Primitivo? Una aspiración desorientada que se detiene en su primer tropiezo y acaba revolviéndose contra sí misma en la impotencia de realizarse. Julio Guzmán es, lo mismo, un deseo incapaz, y por último, Rapiña es la codicia que atesora y no sabe sacrificarse al logro de la dicha. De estas bajas mezquindades hace Reyles sus delicias por medio de la contemplación estética. Penetra en el alma humana y sigue, con minuciosa curiosidad, sus trastornos en las complicaciones que la aniquilan. Cultiva esta psicología perversa con la complacencia que puso Baudelaire en su jardín de flores malsanas. Su único fin es el goce de lo raro. Abre su inteligencia a toda novedad y acecha con todos los sentidos las ocasiones de posibles ensayos. De aquí, su modernísimo egotismo barresiano y dannunziano y el lujo de su técnica artística. Hombres y cosas valen sólo como pretextos de emoción: es emoción rebuscada su literatura, y fuera de ella todo es nada. Hay que hacer de la vida una arte del placer; hay que afiebrarse en deseos exaltados hasta la extenuación para conocer el secreto de las mayores concupiscencias.

Son tres las academias y tres los procedimientos que ensayó en ellas Reyles: descripción realista,

análisis psicológico y construcción fantástica. No reaparecerá esta última en su producción posterior; en cambio encontraremos la realidad de *Primitivo* y la psicología de *El Extraño* en *La Raza de Caín* y *El Terruño*.

REACCIÓN REALISTA:

LA RAZA DE CAÍN

En 1896 hecia Reyles mención de *La Raza de Caín* "al lector" de *Primitivo*. Es difícil creer que el proyecto de novela entonces aludido fuese el de la obra aparecida, cuatro años más tarde, en 1900. El programa de 1896, retocado y mantenido todavía en *El Extraño*, de 1897, no se aviene con el espíritu que domina, — sin imperio absoluto, es verdad, — en *La Raza de Caín*. Hemos citado antes la concordancia de opinión entre el autor y Julio Guzmán acerca del arte y la vida; *La Raza de Caín* se dirige precisamente contra esa manera de ver en todo, hasta en el mal, un elemento posible de placer voluntario. Reyles era, lo mismo que Guzmán, un puro sensualista, y si Guzmán fracasa en la academia es porque pone demasiada artificialidad, y sobre todo una artificialidad poco inteligente, en su empeño de crearse experiencias de emoción. Nada en la academia levanta el ideal futuro de energía y actividad, sobre el deseo de goce. Guzmán es sin duda un débil, un impotente, un enfermo; pero si en parte depende esta condición, de su cultura malsana, es esta cultura lo

que hace la superioridad del protagonista sobre cuantos lo rodean, y no se da contra ella cosa que valga. *El Extraño*, es pues, una obra sin conclusión ideológica. Mira a ser todo lo contrario *La Raza de Caín*.

De ésta dijo Reyles en la dedicatoria a la juventud de su patria que es "libro doloroso, pero acaso saludable". La novela encierra en efecto una tesis, una lección de carácter moral: quiere incitarnos a afrontar con decisión y seriedad la única existencia posible para nosotros en las condiciones,—ajenas a nuestro capricho, — que la realidad impone. Se nos presenta con dicha intención el ejemplo lamentable de Julio Guzmán, Jacinto B. Casio y el matrimonio Menchaca, aniquilados todos en el designio de eludir las limitaciones de su natural destino. En contraste con ellos se destacan varonilmente en la obra las figuras de Pedro y Arturo Crooker. Alienta en éstos, sin intervención directa en el desenlace de la acción, el nuevo espíritu de Reyles. (1) Guzmán, Casio y Menchaca son la contraposición de su tipo varonil y concentran en sí el

(1) En Pedro Crooker parece haber recordado Reyles a su propio padre. Con el testamento de éste hace el de su personaje. Deja la novela en cierta vaguedad misteriosa de grandeza, como de respeto filial, la completa absorción de Crooker en tareas ordinarias. Otro indicio de significación es la figura de Casio, en quien Reyles retrata junto a Crooker a un antiguo empleado de su padre.

interés de la obra. Se nos dice como fracasan por su ineptitud; es una demostración negativa. Quizá hubiera sido mejor, más concluyente, la historia triunfal de los Crooker, fuertes y felices, en sus empresas de hombres de lucha. Era por cierto digno de ensayo el propósito de hacer admirar un grupo de seres superiores puestos sin malogro en situaciones ordinarias. Habríamos visto así, directamente representado, lo que el moralista nos aconseja, lo que a su juicio se debe hacer. Con su novela apenas entrevemos en Crooker la tranquilidad segura de los espíritus equilibrados que se mantienen, sin locos proyectos, en la posición normal de la vida corriente. ¿Porqué no darnos en primer plano el cuadro completo del ideal que se profesa? A cambio de éste se nos brinda en partida múltiple, con Guzmán, Casio y los Menchaca, la prueba, — o la impresión si así se prefiere, — de la impotencia del individuo contra el orden natural y social.

Julio Guzmán, a quien ya conocemos por *El Extraño*, ha cambiado algo en *La Raza de Caín*; está ahora más resignado a la realidad. Se ha casado y vive mal con su mujer, en casa de la familia de ésta. Ha perdido sus pocos bienes; no trabaja y se aburre; fuma y divaga; se forja y desecha proyectos imposibles. Un buen día resuelve fundar en Buenos Aires, con dinero de su mujer, una revista de arte, deportes y mundanidad. El gran asunto es pedir el dinero: Guzmán prepara convenientemente la escena; diserta sobre la necesidad de ocuparse

en algo, sobre su propia idiosincrasia de refinado, sobre el resultado seguro de la empresa; y todo es inútil: su mujer ya lo conoce y no accede. Indignado, furioso, la insulta soezmente y se marcha. Al otro día llama en la casa de su antigua querida traicionada: va a contarle sus miserias, a provocar su lástima; habla de echarse al mar, consigue interesarla por el recuerdo imborrable de un pasado feliz, y reanuda las relaciones rotas desde largo tiempo. Una reconciliación aparente lo lleva de nuevo a casa de su mujer. Con el disgusto insoponible de sí mismo y de todo, germina en su alma la idea de un suicidio común con su querida, y puesto en ejecución, después de herir a su compañera, le falta valor para herirse él mismo y acaba en la cárcel por criminal.

Paralelamente a ésta, desarrolla *La Raza de Caín*, otras dos acciones. En la casa de Pedro Crooker, suegro de Julio Guzmán, viven su hijo Arturo Crooker y una huérfana, prima de éste, Laura. Tácitamente, como cosa que se impone sin arreglo, está en todos la convicción de que Arturo y Laura serán un día novios, y otro día esposos. Entre tanto un pobre diablo, Jacinto B. Casio, hijo de pulpero, periodista con ribetes de pensador y ambiciones de entrar en la buena sociedad, pretende a Laura, que mortificada por las relaciones de Arturo con Ana Casio de Menchaca, hermana de Jacinto, acoge y halaga las insinuaciones amorosas de éste. Para decidir claramente y de golpe la situación, Arturo lo

arriesga todo en un proyecto de viaje a Europa: dejará así que Laura, sin la incitación de los celos, resuelva libremente su destino respecto de Casio. Laura, ante la amenaza del alejamiento, siente que su enojo se desarma como por encanto y, rompiendo a llorar, se confiesa vencida por su amor a Arturo; se concierta en seguida el casamiento; pero Casio, humillado en su rivalidad, aplastado en todas sus ilusiones, apela al último recurso, la víspera de la boda, para impedir que Laura, que no será nunca suya, tampoco sea de otro: la envenena. En la cárcel, cuando lo condenan, encuentra Guzmán, junto a la celda que se le destina, la que ya ocupa Casio.

Ana, la hermana de éste, con su mismo desesperado anhelo de abrirse camino al círculo de la elegancia y el buen tono, desprecia a su marido, el infeliz Menchaca, se entrega a Arturo Crooker, que a poco se zafa de ella para casarse; y degradada, desaparece, encaminándose a Europa en compañía de unos cómicos, para tentar fortuna en las tablas o en la vida galante. Por su parte, Menchaca, después de haberse elevado poco a poco, a fuerza de honestidad y trabajo, desde la suma pobreza hasta un satisfactorio bienestar, lo pierde todo a causa de su mujer, y mientras escribe artículos en la prensa para dirigir e ilustrar al público, falsifica la firma de su protector Crooker, disimula y consiente los desarreglos de su mujer, y por fin termina en la miseria, idiotizado por el alcohol.

En vano aspira Guzmán a libertarse de la condición común, a crearse un mundo aparte y distinto; ese mismo deseo lo arrastra a las mayores cobardías y bajezas. Es ridículo en su presunción infundada; es miserable en su desvergüenza de hombre inútil sustentado por su mujer a quien odia; y es más que ridículo y miserable en la imbecilidad de su actitud con su querida. Casio y el matrimonio Menchaca, menos exigentes en sus gustos, sólo quieren lograr consideración entre las personas socialmente colocadas sobre ellos. Menchaca se conformaría con cierto renombre popular de periodista y político. Piden más Casio y Ana: sería necesaria para éstos una existencia brillante y lujosa. Algo de Guzmán hay en Casio: la vanidad de la cultura; pero sus espíritus son diferentes; las ambiciones de Casio, más vulgares; por eso mientras éste se complace en notar el parecido, Guzmán lo siente con repugnancia instintiva. Es justo el sentimiento de Guzmán: Casio, que se le asemeja por lo más superficial de su alma, es sumamente ruin. A la verdad, todos estos sujetos nos chocan por su falta absoluta de valor personal; y esto podría tenerse por defecto insanable de la novela si únicamente se la considerase como tesis o demostración. No se prueba, en efecto, que un intento, bueno o malo, es imposible o absurdo, porque en él fracasen, como en cualquiera otro deben fracasar ineludiblemente, los que no tienen siquiera condiciones mediocres de inteligencia, voluntad y sentimiento. Pero *La*

Raza de Caín es otra cosa y mucho más que una simple discusión de principios: su eficacia moral no ha de buscarse en las consecuencias puramente lógicas, sino en la aversión que inspira su humanidad miserable.

Julio Guzmán, cuando la novela empieza, casi no es más que un desecho de la vida. Ha perdido ya sus ilusiones de felicidad quimérica y es desgraciado porque nada le interesa en cuanto existe; así vive, o se siente vivir, sin gusto y sin objeto. Su único pobre goce es la maldad de comprender y zaherir a ratos lo que hay de mezquino en las demás personas. No puede sufrir a la larga el hastío de su reflexión constante fija en la inanidad de todo, ni halla manera de escapar al aburrimiento, ni estímulo para dedicarse a cosa alguna. Se ha casado vilmente, reducido a la pobreza, para asegurarse una buena posición económica. Como Andrea Sperelli en *Il Piacere* de G. D'Annunzio, trató de aliviar en una mujer, su esposa, el amor sin correspondencia que sentía por otra, su antigua querida, y, como él, llegó en el ofuscamiento de la exaltación pasional, hasta pronunciar el nombre de la amada ausente, contra el cuerpo de la que tenía entre sus brazos. A su lado, su esposa le es, ajena en todo, una extraña, una enemiga; y rehuendo la pesadumbre de un fastidio perpetuo, se encastilla amargamente en el pasado, en el recuerdo triste de la dicha desvanecida. Lo reanima un tanto, con su cariño íntimo y dulce, la querida reconquistada;

pero, siempre sumido en un marasmo, descontento de sí mismo y de su vida sin orientación, da al cabo en detestarse cuando, ante el crimen de Casio, su compañero, palpa con asco toda la corrupción de su propio espíritu. Estaba ya mortalmente aniquilado: puede imaginar la liberación del suicidio, puede matar a su querida; pero en el último instante cede su resolución al miedo físico de la muerte.

Jacinto B. Casio es la abyección misma; nació plebeyo de alma; en el colegio, envidioso de Arturo Crooker, se doblega con rabia, bajo sus golpes, y soporta una dominación de esclavo, que le hace patente su natural villanía. Los libros que un extraño olvida en su casa, — *Pablo y Virginia*, *Werther*, *Dumas*, — despiertan su imaginación y sus ambiciones; se considera infortunado; llora a solas, románticamente, y se enorgullece sufriendo; (1) tiene en menos a los suyos y, con vergüenza de sí mismo, desprecia a sus padres. Quiere abrirse paso, hacer camino; gracias al dinero de su cuñado Menchaca y del señor Crooker, pudo cursar estudios en Montevideo; pero no sacó de ellos más que escepticismo y petulancia, y ya no vive sino para satisfacer de cualquier modo las aspiraciones de su vanidad vulgar. Pedro Crooker lo despidió de su

(1) Detalles utilizados ya por Reyless en *Beba* y *El Extraño*.

casa por un abuso de confianza. Es periodista en Buenos Aires: con adulaciones y rastrerías llega a ser corresponsal de los mejores diarios argentinos en Europa. Reanuda a su regreso el trato de los Crooker; los simulados favores de Laura celosa, engañan su amor propio; estúpidamente ilusionado, piensa conquistarla, y, por ese medio, crearse una posición y vengar, contra su rival de siempre, Arturo Crooker, todas las antiguas afrentas. Denuncia él mismo a Laura, con anónimos, las relaciones de Ana con Arturo para desviar de éste su cariño, y procura atraerla a sí contándole sus padecimientos de paria, suscitando su compasión; pero una vez más, y esta vez desde su más alta esperanza, cae a la verdad tristísima de su bajeza impotente y ultrajada. Julio Guzmán atenaza irreflexivamente sus miserias, mostrándole en repetidas conversaciones que no está hecho para triunfar, como los Crooker, porque no tiene su fortaleza de ánimo, su voluntad de acción, sino solamente veleidades enfermizas de excesivas ambiciones. Reúne Casio toda la amargura, toda la desesperación de su vida entera, en el designio final, y sin embargo es débil hasta en el crimen. Vertido el veneno que Laura debía tomar, queda paralizado por el estupor y el miedo. Más tarde, cuando su suerte, puesta en manos de la Justicia, no dependa ya de él, sujeto a una condena, sin libertad y sin vida propia, se dirá ufanamente que

ha arrostrado las leyes y las iras de Dios y de la sociedad, con valentía, como un salvaje, como una fiera, como verdadero hombre, pero nunca habrá sido más que un pobre diablo egoísta y pretensioso. Debe a sus lecturas mal aprovechadas el orgullo necio y la idea fácil y brutal de que no hay, para una crítica exigente, razón teórica o práctica verdadera contra los apetitos y las pasiones. Nada es noble en él: odia a su familia por humilde; odia, por superiores, a los Crooker; y en el fondo odia también a Julio Guzmán a pesar de su común misantropía: odia a todos y a todos se humilla en acecho de un favor indigno.

No están suficientemente precisadas para que se las aprecie bien las figuras de Ana y su marido. De Ana se nos informa que es hija de un pulpero miserable, y la vemos, sin explicación ninguna sobre su desenvolvimiento, convertida en mujer elegante y casi alternando con la más distinguida sociedad. Semejante es el caso de Menchaca: ha sido almacenero de campaña, sabe lo que es pasar las noches sobre un catre pelado, y, también sin que se nos dé noticia de su transformación, lo llamamos de publicista considerado a tal extremo que la prensa de Montevideo anuncia con anticipación sus artículos. Es bueno pero vanidoso: se complace en ocupar la atención pública, en aparecer como director de movimientos económicos, en que su nombre circule impreso en letras de molde. Ama entra-

ñablemente a su mujer; por ella, aún sospechando su infidelidad y con sobrados indicios, abandona el pueblo en que vive seguro, para instalarse, tras los Crooker, en la capital; por ella derrocha cuanto posee y falsifica un documento; con la desesperación de perderla, después de haberlo sacrificado todo, cuando ella misma le echa en cara su condición ridícula de marido engañado, implora su lástima arrastrándose a sus pies. El único sentimiento de Ana es la envidia. La han casado, — lo dice ella, — sin consultar sus gustos, sólo por el dinero del infeliz Menchaca. Ansía con verdadero furor el mundo, cerrado para ella, del buen tono. Se entrega a Arturo Crooker con tal facilidad que parece haber estado esperando largo tiempo el placer de honrarse con sus favores. Su esposo, la única persona que la estima, le merece sólo compasión y desprecio. Es de una impudicia sin igual; trama con su hermano el proyecto de retener en lazos de adulterio a Arturo Crooker próximo a casarse, para impedir su boda.

Guzmán y Casio pertenecen a lo que Reyles llama la raza de Caín; su rasgo característico es la perversión, la falta de salud moral. Ambos son terriblemente egoístas, pero no es el egoísmo lo que en ellos se condena, sino la incapacidad viciosa de acción y de contento que proviene de una falsa posición en la vida. Guzmán ha querido crearse una intimidad original, ajena a sus semejantes, sustra-

yéndose a todos los intereses humanos y excitándose facticiamente para alcanzar el goce supremo de su egotismo estéril. Casio, por su lado, ha pretendido romper las condiciones exteriores de su natural existencia para vivir en otras circunstancias, en medio más acomodado a su gusto, entre gentes de formación más elevada. Una cosa hay común a los dos: la oposición a lo normal, el quebrantamiento de las fatalidades ordinarias. Ninguno acepta su destino; son rebeldes contra lo ineludible, y tienen por eso deparada la suerte más dolorosa: la amargura del intento vencido y del odio impotente. Se confiesa Casio, de la "estirpe de los que, desheredados y vencidos, sueñan en silencio... Los ratés, los que lo anhelan todo sin conseguir nada, los que sienten el roedor despecho de los caídos, y la rabia de los hijos de Caín, son mis hermanos", — dice. — Y Guzmán contesta: "Yo también aunque no lo quiera y me rebele, soy un caído, un abortado... Pero no me reconozco semejantes, y ése es el tormento que, como a mi alma, roe a la de todos los solitarios orgullosos... ¡Ah! ¡qué triste mal el de las criaturas que se reconocen enemigas de las otras criaturas! ¡qué martirio el del hombre que reniega del hombre! Las embriagueces de la soberbia no impiden que el alma considere, en las horas de desaliento, la soledad y la aridez que la esterilizan y convierten en yerma campiña, en campo helado donde no nace la flora

ardiente del amor. ¡Tristeza infinita! Delante de la humana criatura el corazón enfermo no experimenta ninguna santa alegría, ningún sentimiento expansivo que refresque y consuele. ¡Sequedad y rigidez! Las risas no resuenan ni provocan otras risas, las lágrimas no brotan ni arrancan otras lágrimas, y entonces nace el ponzoñoso rencor contra los hermanos, cuyas dichas no podemos comprender ni compartir y el odio contra la existencia que nos hiere turbando nuestras esperanzas de alegría y ventura. ¡Cuántas veces he maldecido la sequedad de mi corazón y he llorado sintiendo la profunda pena de no tener semejantes!... El demonio del orgullo nada puede contra esas amarguras, y una vez que se conoce su origen, el acerbo dolor de haber destruído la facultad de amar, la fuente de la vida, va a sumarse con los otros dolores... Nuestro destino es fatal".

Lo es en efecto; Guzmán no se equivoca. En *La Raza de Caín* la vida barre sin piedad a los insanos de espíritu. Hay en todas sus páginas un vivo sentimiento de la fuerza moral, del carácter. Todos lo experimentan cuando se aproximan a los Crooker. Guzmán y Casio lo comentan, — con despecho, con rabia, con orgullo, con sarcasmo, de todas maneras, — siempre que hablan o meditan. Ambos son precisamente la negación de esa energía y se conocen, y se estudian en cada nueva situación, y en todas comprueban y se confiesan, humillados, su

impotencia. Se tiene la impresión de que las almas, lo mismo que los elementos materiales, están perennemente en lucha, más o menos sorda, más o menos velada, y que todo acto implica el aniquilamiento necesario de lo débil y enfermizo por la virtud incontestable de lo sano y de lo fuerte. La fatalidad es bienhechora en esta novela que parece pesimista porque ni uno solo de sus personajes queda en pie, victorioso, en la escena desolada por los desenlaces trágicos.

Hay que tener en cuenta que Reyles, en esta obra, sólo estudia a la "raza de Caín", y que, por eso, no es un cuadro de la humanidad completa lo que describe, sino el destino de los que, descaminados, pervierten su vida apartándola de sus fines y leyes naturales. Guzmán, Casio, Ana y Menchaca, todos pugnan, cada cual por su lado y según su modo, contra el orden. Están en dos extremos opuestos Guzmán, que aspira a desenvolverse espiritualmente en el quimérico paraíso de sus imaginaciones, y los Menchaca, soliviantados por el deseo vanidoso de lucir en el brillo de los prestigios mundanos; Casio, no tan refinado como el primero ni tan superficial como los últimos, oscila entre ellos. El problema, la lucha, se plantea pues, entre el hombre y las normas inquebrantables de la naturaleza y de la vida. No es dudoso el resultado. No es tampoco desalentadora, para las almas bien hechas, la lección del ejemplo. Hay mucho optimismo

para los intentos sanos en este pesimismo contrario a los propósitos irregulares.

No es, con todo, la tesis moral, lo que más vale en *La Raza de Caín*. Quizá no esté bien justificado tal nombre, o suficientemente definida la categoría de elementos humanos que se designa con él. Raza de Caín son Guzmán y Casio, y no tienen semejanza fuera de su común impotencia y de la presunción desorbitada. No pertenecen a la misma familia espiritual; no son iguales en ellos las más hondas raíces del ser. La novela gana con eso en interés psicológico lo que pierde, — si acaso pierde verdaderamente algo, — en unidad de concepción. No se confunden sus personajes, ni se despintan. Contribuye sin duda a caracterizarlos tan marcadamente, la exageración que acentúa sus principales rasgos, pero esto mismo era difícil de hacer con sujetos de condición apática o, — aunque exacerbados, — inactivos y meditabundos. Nada falta, nada sobra en los análisis que explican el temperamento y la conducta de Guzmán y Casio; sin digresiones inútiles, cuando conviene y como conviene al curso de la narración, van presentándose, por lo general en las reflexiones de ellos mismos, los antecedentes oportunos y necesarios. Son los dos, por su hábito de introspección, como espejos de su propia vida en todos los momentos; su conciencia, puesta en desnudo, habla por el autor. Lo que más importa no es, naturalmente, la fábula, sino esos pere-

grinos retratos. Odio y desprecio ha puesto Reyles en el de Casio; sólo desprecio en el de Menchaca; en el de Guzmán un poco de lástima. No merece ninguno sentimientos mejores, y sin embargo los tres interesan a pesar de su abyección y, — lo que es más extraordinario, — también a pesar de su vulgaridad, por lo que atañe a los primeros. (1)

(1) Tiene la obra algunos puntos falsos: el extremo de injustificada vileza a que se hace llegar a Menchaca cuando llora de rodillas a los pies de su mujer enfurecida y desatada en canallescas injurias, y cuando besa la mano de Arturo Crooker; la situación imposible de Guzmán visitando ocultamente, en un pueblo de nuestra campaña, donde todo se sabe y se murmura, a su antigua querida; la nota de amabilidad con que se decora a Casio cuando no habla de sí, y que no aparece demostrada una sola vez en todo el libro. Se dice al principio que don Pedro Crooker ha costado los estudios de Casio; y Ana, hacia el fin, recuerda que la casaron con Menchaca para que éste pagara esos gastos. He indicado también los vacíos que se advierten en las explicaciones sobre la formación de Menchaca y Ana.

LA FILOSOFÍA DE LA FUERZA: *LA MUERTE DEL CISNE*

De 1900 es *La Raza de Caín*; de 1910, *La Muerte del Cisne*; median entre una y otra diez largos años. Exponen las dos, en diferente forma, una misma filosofía: después de la novela de tesis, representación de la vida gobernada por sus ideas, nos da Reyles, en su único libro de teoría pura, la tesis de esa novela, es decir, su interpretación de la vida. Idéntico en ambas obras, el pensamiento aparece con más claridad y vigor en la segunda, cuando se muestra desnudo y libre, sin el embarazo que en la primera le oponen los tristes personajes a quienes tiene que aplastar o hacer a un lado para abrirse camino. Es la apoteosis de la Fuerza, del Egoísmo y de la Riqueza. Evoca en la memoria, por contraste el más completo, la imagen de *Ariel* y de José Enrique Rodó.

En sus mismas páginas llama Reyles a *La Muerte del Cisne* "divagaciones heterodoxas", y si tal vez no condice con el rigor de los desarrollos el primer término de la calificación, — divagaciones, — fuera bien difícil hallar para traducir el espíritu de su doctrina, palabra de más exacta significación que "heterodoxia". Heterodoxo es, en efecto, y en todo extremo, el nuevo libro: con desprecio insul-

tante, levanta contra las más grandes afirmaciones de la conciencia humana, lo que siempre se tuvo en poco o mala opinión: el empuje incontrastable de la fuerza, la salud del egoísmo, el dominio del oro. Lo inspira, evidentemente, Nietzsche: es la obra de un discípulo fervoroso que no se contenta con repetir la lección aprendida en el maestro. Exultante en la alegría de haber encontrado al fin *La gaya Ciencia*, los ditirambos de *Zaratrusta*, *Más allá del Bien y del Mal*, *La Genealogía de la Moral* y *La Voluntad de Poder*, Reyless ve el mundo todo, con la iluminación repentina de un sentido nuevo; siente en sí, de pronto, con todas sus fuerzas, una verdad que resuelve en claridades el enigma, hasta entonces doloroso, de su propia vida y le da posesión definitiva y entera de su mismo ser, y haciendo suya y ultrapasando la enseñanza recibida, proclama *La Muerte del Cisne*, o sea del ideal, y agrega a los himnos de *Zaratrusta* sus alabanzas del Oro y el dinero.

De más cerca, pero menos profundamente, y sólo en lo accidental, y sobre todo por reacción, ha influido en *La Muerte del Cisne* Charles Maurras con su obra *L'Avenir de l'Intelligence*. Debaten los dos libros el mismo problema acerca de la Razón y su primacía en los destinos de la sociedad moderna; uno y otro comprueban la ineficacia del vago intelectualismo romántico avasallado en el gobierno del mundo por los enormes intereses de la economía y la industria; ambos abogan contra la

democracia republicana, por una organización social fundada en las condiciones reales de la existencia y no en quiméricos sueños de absurdas utopías. En varios puntos las semejanzas llegan al detalle: así, lo mismo que Maurras, señala Reyless, como flor y exponente del alma francesa revolucionada por la aspiración de lo imposible, el desarreglo pasional de su poesía femenina; así, igual que Maurras, escribe Reyless cortos capítulos, y remata su trabajo en una oración a la Fuerza, como lo hace el otro con el suyo en una oración a Minerva. (1)

(1) No hay para qué indicar las concordancias de pensamiento con otros autores. Abundan las citas en la misma obra. Entre los nombres que invoca Reyless deben destacarse los de Le Bon y Le Dantec. Podrían servir de epígrafe a *La metafísica del Oro*, estas palabras que pertenecen al último capítulo de *La Lutte Universelle*: "On a imaginé de représenter la travail de chacun par des corps solides plus durables que l'homme (or, papier, etc.), et, cette valeur conventionnelle des monnaies ayant été admise par tous, la lutte intrasociale se traduit aujourd'hui d'un seul mot par la lutte pour la possession de la monnaie".

En el mismo capítulo figura una sabia advertencia que Reyless no toma en consideración y que, aun dentro de sus ideas, podrá oponérsele siempre. "Mais n'oublions pas non plus que l'homme est un homme et que, à côté de ses tendances utilitaristes, il a des sentiments altruistes et généreux; ces sentiments dérivent d'erreurs ancestrales; soit! mais il font partie de la nature de l'homme, et nous ne pouvons pas faire comme s'ils n'existaient pas". "Le raisonnement nous enseigne que la lutte est la grande loi,

Antes sus ojos maravillados la figura de Nietzsche domina "el vasto y heterogéneo panorama espiritual en las postrimerías del siglo XIX y los rojos albores del presente". Nada vence en interés y transcendencia al vaticinio, que está cumpliéndose ya, sobre la trasmutación de los valores: la Fuerza amenaza de muerte oprobiosa a "las entidades de las filosofías idealistas: Justicia, Derecho, Bien..." En vano se resisten los hombres a mirar y reconocer la verdad despojada y limpia de ilusiones y engaños. La "agonía de lo divino" es "un hecho triste pero incontestable". "La razón física" desaloja a "la razón mística" en la explicación de los fenómenos. Dios huye de la inteligencia humana y se parapeta y esconde "en el ruinoso y lóbrego castillo de las causas primeras y de lo incognoscible"; pierde el dominio de la soberana omnipotencia y, puesto a provecho por los últimos creyentes, que no lo buscan sino para servirse de él, acaba en cosa útil, simple instrumento de bien, freno moral.

La Naturaleza desenvuelve su majestad impasible contra la moral humana "de las verdades eternas y los principios absolutos". La ley que ella promulga es de guerra; su justicia sanciona, de manera indefectible, con la victoria fatal de los más fuertes. En cada fenómeno actual luchan varios anteriores, y a menudo lo que nos choca en el éxito

mais le raisonnement scientifique est incomplet; il ne tient pas compte des vieilles erreurs qui sont peut-être ce que nous avons de meilleur en nous..."

X La justicia de la Naturaleza, es - Pero la justicia humana ¿también sanciona eso?

es el triunfo de largas virtudes ignoradas, y lo que entenece nuestra conmiseración en la derrota, el fin conveniente de "una serie infinita de incapacidades, impotencias y pretéritos pecados. Ser: he ahí la virtud suprema". Una realidad, aun humanamente impía, es siempre legítima.

No hay en las cosas del mundo más poder que la Fuerza, y la Fuerza impera en todo con su justicia de lucha. Ella hace del Universo un equilibrio milagroso en perpetua alteración. Ser es luchar; vivir es vencer. Todo fenómeno es una guerra de elementos inorgánicos o fisiológicos o morales. Lo mismo que las cosas, luchan entre sí las ideas, los instintos y las pasiones. "La Razón es esencialmente guerrera y dominadora". "Una modesta, una humildísima sensación se introduce a hurto en el receptáculo misterioso de la célula nerviosa: sigilosamente se atrinchera allí: congrega muy luego en torno suyo otras sensaciones hermanas y al mismo tiempo combate y destruye poco a poco, pero tenazmente, las sensaciones antagónicas: así dilata sus zonas de influencia a los centros nerviosos; conquista, después de muchas maniobras prolijas, las fuertes posiciones de los lóbulos cerebrales; invade los dominios del alma, haciendo riza y estrago de todo lo que se opone a su marcha triunfante, y sale por fin, en son de guerra, audaz y avasalladora, al mundo exterior, para transformarse, ejerciendo las mismas violencias, en hechos reales, e imperar sobre otros hechos". Hay cesarismo tirá-

nico en el estro poético, en la nobleza del carácter y en la virtud de la idea; sin embargo los hombres, ciegos a esta verdad, acatan humildemente las "coerciones hipócritas" del propio pensamiento y se rebelan contra las coerciones francas y "de pro-sapia no menos conspicua del Factum". "Ideas y sentimientos parecen no ser, aunque nos asombre y acongoje, cosas específicamente distintas de la energía creadora, sino modalidades supremas de ella, cristalizaciones perfectas del espíritu, semejantes a las cristalizaciones regulares del reino inorgánico, a las que tiende la fuerza madre impulsada sin duda por extraña y fatal inclinación. La armonía misteriosa de un organismo, de un alma o de un mundo, tuvieron, mientras el conocimiento real de las causas permaneció silencioso, el excelso y común origen en la inteligencia divina: pero ésta fué el símbolo de la ignorancia y del azoramiento humanos que bordó la encantada imaginación de las religiones sobre el tenue cañamazo de un universo quimérico. Formidables intuiciones invitan hoy a pensar que no existe otra Inteligencia que la inteligencia de la materia, ni otra Razón que la razón física, ni más Harmonía que los pasajeros equilibrios de una eterna lucha". "Nada escapa a la tremenda ley que ordena imperiosamente a todas las cosas reñir y asesinar. Cuanto existe en el cielo y la tierra es una conquista: el fruto del crimen y del robo; cuanto nace o se forma en el tiempo y el espacio, la opresión de la fuerza triunfante sobre la fuerza vencida".

A Nietzsche debemos el descubrimiento de la Vida. Él supo romper, en divina embriaguez, las nubes de humo y nieblas con que las filosofías ominosas nos entenebrecían y mareaban ante el espectáculo radioso de la verdad excelsa. Él trasmutó los pobres valores de la moral ordinaria oponiendo, "con magnífica pompa verbal y mefistofélico empaque", "a la pequeña inteligencia del cerebro, la grande inteligencia del instinto; a las falsas jerarquías del derecho caprichoso y sentimental, las legítimas jerarquías que, en todos órdenes de cosas, establece la fuerza; a la piedad del individuo, virtud egoísta de los débiles, la piedad de la especie, don de las almas heroicas; al amor del hombre, venero de una humanidad doliente y apocada, el culto del superhombre, germen de la vida desbordante de belleza y generosos ímpetus; a la destructora moralina de los esclavos, la moral creadora de los aristos; a la religión de la paz y la humildad, la religión del esfuerzo y la lucha trágica contra el Destino; a los mandamientos seráficos de Jesús, que nos desarraigan de la tierra y convierten en sombras vagorosas y fantasmas del miedo, los mandamientos de las leyes inexorables que rigen el universo todo, los cuales vuelven al ensorbecido primate al seno de la Naturaleza y lo nutren de sus truculentos jugos". "La voluntad de dominación es el nervio del mundo: todo tiende a ocupar más espacio; la Vida, la única cosa sagrada, se dicta sus leyes y sus fines, que no tienen otro objeto que el de asegurar la triunfante expansión

de la vida, lo cual entraña la adoración de la fuerza como origen y medida de todas las cosas, y el amor de la existencia, no como espectáculo transcendente y finalista, sino como espectáculo estético”.

¿Qué es en fin sino fuerza, el principio oculto que, bajo nombres diferentes, han señalado los grandes filósofos como causa primera y única en la variedad constante del universo? ¿No se ha reducido a energía pura, en experiencias recientes, la materia misma, el átomo inaprensible? Fuerza es la materia; fuerza, la célula viva, el pensamiento, el acto moral. ¿No explican por ella, la conducta del hombre, de una u otra manera, pero por ella siempre, los más preclaros moralistas? “El derecho y la fuerza son idénticos”; “la necesidad es la razón misma”. Glorifiquemos el hecho de fuerza, que es en todo caso una victoria. Él ha impuesto su realía, a las multitudes en la admiración de los bandoleros y de sus hazañas, y a los espíritus refinados en la admiración del crimen. Cantan las epopeyas a “los hombres de presa, tenaces e indómitos en los cuerpo a cuerpo con el destino, los más obedientes y aptos para acatar, sin interrogarlas, no las eternas leyes de Dios, sino de la Naturaleza, de la Vida, de la Fuerza”. Hay en el alma un “amor irresistible por todo lo que triunfa, domina y prevalece”. “Un Dios que no opera milagros para mostrar su poder, no goza de buena salud”. La fuerza es divina, cosa de Dios, acaso Dios mismo.

Siempre las religiones sirvieron los intereses de

los pueblos y la voluntad de los hombres, porque emanando espontáneamente del instinto y la realidad, en algo han sido y siguen siendo expresión de sus leyes. Tal vez pudiera aún forjarse la inquietud humana, con la visión moderna de las cosas, un culto nuevo, que sería la religión de la Vida. Tiene mucho de esto, a pesar de sus orígenes idealistas, el culto del héroe, del genio, del hombre histórico o providencial y, en fin, del superhombre. El renacimiento de los deportes atléticos infiltra en el público el amor de la acción, confirma las jerarquías naturales, establece en consideración los valores físicos, impone a las costumbres la legitimidad del triunfo para el más apto: es una primera conquista de la Fuerza, que abre camino a su futura dominación y prepara el acatamiento de nuestra conciencia a su imperio y a su justicia. “La victoria del más fuerte no parecerá ignominiosa, como hasta aquí, sino altamente justa y saludable, porque será en un momento dado, el triunfo de lo más vital, de lo que mejor sirve el único propósito discernible en las intenciones confusas de la Naturaleza”. Habrá acabado entonces para el alma el tormento de la oposición entre su moral, contraria a las leyes de la Vida, y la realidad gobernada exclusivamente por ellas; será bien cuanto existe. Se mostrarán desnudos en su inocencia formidable el Egoísmo y la Fuerza: ellos proporcionarán — ¡única dicha! — las prosaicas dichas que satisfacen, sin las torturas de la mala conciencia, el ape-

tito de carne y la sed de vino. "Perdida la ilusión fastuosa del Paraíso y toda finalidad transcendente, sin excluir la del superhombre, las actividades y aspiraciones humanas van, como al caer la tarde las dispersas ovejas al redil, hacia la religión de la Vida, elevada y cruel en aquellos pensadores que, aceptando los principios selectivos de la Naturaleza como necesarios a la evolución progresiva, quieren la vida bella y dura como el diamante; rastrera y fecunda en los que, rechazándolos y desdénosos de toda excelsitud, aspiran sólo honestamente a la dicha común del mayor número". Será la guerra de la aristocracia y la plebe comunista. ¿Quién triunfará? Sólo una cosa hay de contado, y es que en esa lucha nada significa el ideal de justicia para decidir la victoria. Ésta será obra de la Fuerza. No se organizará la sociedad nueva según principios sentimentales, sino sobre bases económicas. "Más que espíritu precipitado, parece el mundo condensación de egoísmo". No fué un ideal, fué el desenvolvimiento de la industria y el comercio, lo que puso fin a los privilegios y las servidumbres antiguos, y enseña Carlos Marx que, de manera análoga, la colaboración de las multitudes proletarias, en las grandes fábricas modernas, crea fatalmente el colectivismo y acabará con la propiedad privada y la burguesía. Piensa Reyless, en contra, que las cosas no llegarán al punto que los comunistas esperan. Sería necesario eliminar las clases sociales y sus luchas, la desigualdad eco-

nómica y la propiedad y el capital, la libertad y las ambiciones y los egoísmos; y esto equivaldría a la supresión de la vida, porque es, como el ascetismo, el renunciamiento a sus mejores bienes. Tal vez pudiera sin embargo realizarse una Federación Europea del comunismo, semejante a la que Hipólito Dufresne imaginó en el reposo de una noche fecunda, como si hubiese dormido "sobre la *piedra blanca* en medio del pueblo de los sueños". El gobierno de las cosas habría entonces reemplazado al gobierno de las personas; la Igualdad miraría sacrificados a su culto los derechos más preciosos de la humanidad diversa; pues el nivel común no podría establecerse a una altura que no alcanzaran todos y estaría así en el grado mayor de la baja. Mas a pesar de todo, aun subsistiría una fuente de esperanza y discordia: el hombre no vencerá jamás definitivamente su egoísmo, y éste minaría en sus bases más profundas ese régimen de comunidad opresora y triste.

Limpiemos bien de supersticiones idealistas nuestra conciencia, y preparemos el egoísmo de nuestro corazón al "franco y decisivo advenimiento de la moral de la Fuerza". El mundo es un campo de batalla; lo ha sido siempre, mas ahora, disipados todos los engaños de las religiones y las filosofías, lo reconocemos por fin en su verdad grande y trágica. Y sepamos que la humanidad combate por bienes de la tierra, por la riqueza que los comprende todos, por el Oro, fin y objeto de "la vo-

luntad de dominación de los hombres y los pueblos". "Y si a tal consideración se agrega el convencimiento de que la lucha económica trasporta, por artes mágicas, al seno de las sociedades, las condiciones ambientes del medio natural, satisfaciendo con esa estupenda industria los instintos más profundos y sanos de la especie humana, acabarán de disiparse las últimas nieblas del craso error, y hasta los peor dispuestos comprenderán, sin asomos de dudas, por qué "la riqueza es moral", como decía Emerson; por qué "la riqueza es la ocupación de todos", como asegura el puro Gladstone; y por qué "el comercio gobierna el mundo", según afirma el amillonado Carnegie".

Tal es, reducida a lo esencial, la parte primera y más importante de *La Muerte del Cisne*, que se titula *Ideología de la Fuerza*. La sigue en la obra la *Metafísica del Oro*. Cuando Reyless critica el socialismo de Carlos Marx, agrega a las objeciones comunes contra el sistema, una que él reputa original y máxima: "es la incompreensión del valor divino de la moneda"; y él, que se enorgullece de haber comprendido ese valor, quiere decirlo en la *Metafísica del Oro*, después de haber rebajado las cosas del espíritu a la "física del alma", según su habitual expresión.

Evoca los orígenes oscuros y miserables del Dinero, que, entre maldiciones celestes y anatemas humanos, ha marchado imperturbable a la dominación de la tierra: Describe su imperio universal y om-

nímado, el señorío soberbio de sus fieles en pensamiento y acción, la impotencia del odio vulgar y la estupidez aspaventosa de las declamaciones literarias contra él. Canta en fin y repite sin cansancio, en mil diversas formas, las virtudes supremas del Oro.

Se envilece de palabra a la riqueza y ella es "acumulación y conservación de pensamiento". Gobierna los destinos humanos; "produce ya, sin quererlo, la asociación, la cooperación, la repartición de los capitales, la lucha de clases tan maldecida, el vigor de todas ellas, y la liberación lenta pero segura de las explotadas". En el oro residen "todas las potencias servidoras de la voluntad de vivir"; "la inteligencia, las virtudes, los deseos, los egoísmos, las quintas esencias de lo humano han ido a reducirse y extractarse en las duras y áureas entrañas de la moneda". El amor de la riqueza es insaciable y "hostil al renunciamiento, a la generosidad inútil, a los ideales humanitarios, hostil a lo que no sea el interés genuino y vital de las criaturas". El dinero es "principio activo de conducta", "purificador", "educador de las energías más preciadas del hombre", "venero de virtudes sociales"; puede hoy más que las religiones y las morales desacreditadas, porque ofrece a la avidez "los goces, los placeres, los bienes reales de la vida". Algún día, tal vez cercano, "el Oro premiará todas las excelencias, y será por entero lo que hoy es en parte tan sólo, al menos visiblemente:

la medida de la capacidad social". Entre tanto miremos el espectáculo de las dos Américas: en la del Norte la sinceridad del egoísmo viril, la intensidad del esfuerzo, los prodigios de la riqueza fecunda; en la del Sur el palabrerío altisonante, la "política alimenticia", el caudillismo y la guerra civil. Es nuestra herencia española. España, Portugal, Italia, Francia misma, se aletargan en la esterilidad enervadora del idealismo.

En la tercera parte de *La Muerte del Cisne*, sobre *La Flor Latina*, estudia Reyles, concentrando su atención sobre París, la influencia de la cultura idealista. El atractivo de las delicadezas físicas y morales vence y mata las energías necesarias para la vida, que es lucha perpetua. Hay mucho de femenino en las cosas y cualidades que Francia ha cultivado con preferencia: la gracia, el ingenio, el amor de la belleza y de la voluptuosidad. Para ella pensar no es un trabajo, sino un placer. Sus gustos transforman hasta la expresión de los más íntimos sentimientos en elegancia de buenas maneras. La frivolidad quita en ella peso y valor a todo. La historia de Francia está poblada por descollantes y esplendorosas figuras de mujeres. Ellas sonrieron alentadoras a los nacientes ensayos de la poesía cortesana; en sus salones discutieron y batallaron sobre el ideal clásico de su literatura durante el gran siglo; su desenfado provocativo estimuló el atrevimiento de los filósofos que preparaban la Revolución. Hoy las poetisas de Francia, discípulas

de Beaudelaire y Verlaine, cantan, como ningunas otras en el mundo, la pasión, el capricho, los placeres de la lujuria y el pecado, y son así perfecta imagen de su tiempo y de su raza, que no se resignan a vivir según el orden y las leyes de la naturaleza y se evaden al sueño, a la fantasía, a la literatura, y se hacen con literatura y fantasía y sueños una existencia de refinamiento voluptuoso. Esta actitud romántica no es menos contraria al espíritu práctico y realista que el antiguo racionalismo abstracto. La cultura excesiva del sentimiento o de la inteligencia aparta de la actividad industrial, que es base y norma de la sociedad moderna. Poco es ya en el mundo la espiritualidad francesa frente al naturalismo de Alemania y en lucha comercial con Inglaterra. La concepción idealista de la vida sufre el trabajo sordo y fuerte de nuevas tendencias morales. Son falsos los grandes principios de la Razón imperantes en el siglo pasado: ha sido un engaño la democracia: no hay libertad ni igualdad ni fraternidad posibles contra las leyes de la Naturaleza, que nos someten a las circunstancias, nos diferencian en las condiciones y nos lanzan a una guerra de intereses vitales.

Renan desilusionado y repicente podría ser un signo de la época. Su intelectualismo puro no hallaba cabida en la realidad sojuzgada por intereses financieros. Había vivido su espíritu en un mundo que no era el de los hombres y que sus ojos miraban con sorpresa y desencanto en la vejez desorien-

tada. Aprendamos en su ejemplo a no repetir la *Oración de la Acrópolis*: recemos con Reyles la *Oración a la Fuerza*: "Salve ¡oh diosa! impura y fecunda, madre de todas las cosas, eurritmia del universo. Tú engendras, ordenas y legislas; tú reinas en el cielo, en el alma del hombre y en el corazón del átomo; y los ritmos de la poesía y la naturaleza cantan unánimes tu gloria inmortal. Los hombres te niegan y te llaman cruel porque no saben que, aun revelándose, obedecen a tus mandatos; porque no saben que tus condenaciones de muerte son como los frutos que se secan para dejar caer sobre la tierra suspirante las semillas santas de la vida. La razón humana en un momento de insano orgullo quiso corregir las leyes infalibles y los sapientes designios de tu corazón, que es la razón universal. Y todas las cosas salieron de sus quicios: la quimera suplantó a la realidad, el mal afligente al bien gozoso, el dolor al placer, la muerte a la vida, y lo que es más estupendo aún, el desinterés estéril y enervante al egoísmo robusto y fecundo... Divina, inspíranos para que seamos con inteligencia, egoístas integrales y materialistas transcendentales... Imposible que al fin lo justo y lo bello no sea lo que viene de tí, madre de dioses... Mammón resplandecerá de gloria, porque de todos los dioses supervivientes es el único que lleva en la testa olímpica el signo luminoso de la voluntad... Su alma fué como el arca santa en que se salvó del diluvio espiritualista la facultad

de querer... Los que, insensatos, vilipendian aún al Oro, no escuchan la voz profunda que les dice: Amadle religiosamente en su ser divino, y sed interesados y duros para realizar los deseos secretos de la vida y servir a los hombres. Ni el arte, ni la poesía, nada aguza las facultades y potencias humanas como él: es el gran excitador. Ni las religiones, ni las filosofías le aportan a la humanidad lo que el Príncipe Rubio le brinda con una sonrisa: el poder, la esperanza y la ilusión: es el Salvador. (1)

He aquí transcriptas fidelísimamente, en los términos de sus propias fórmulas, con acopio superabundante de citas, las ideas expuestas en *La Muerte del Cisne*. He querido conservarles su carácter insólito de cosa intempestiva. No lo tendrían más claramente marcado si el autor sólo se hubiese propuesto alborotar el cotarro de las gentes que piensan con la opinión de todo el mundo. Son las enseñanzas de Nietzsche convertidas a una forma que apaga su original trasporte lírico y exagera, al contrario, su inhumanidad, su amoralismo real o aparente.

(1) Reyles ha repetido insistentemente las ideas fundamentales de *La Muerte del Cisne* en varios trabajos: *La Vida*, artículo publicado por *La Revista de América*, N.º II, en 1912, *Latinismo y Germanismo*, artículo publicado por *La Nación* de Buenos Aires, fechado Diciembre de 1916; discursos y cartas sobre la Federación Rural, etc.

La defensa del egoísmo estaba hecha; estaba restaurada en sus fueros la majestad inmutable de la naturaleza. Fué intento de Reyles explicar al uno y la otra por el desenvolvimiento de la fuerza física, oponiéndola al espíritu y la razón, y dando por remate a sus conclusiones, la apología del oro y el dinero como cifra de todo bien y objeto de toda voluntad. Discutir su doctrina es empeño desairado, porque obliga a contestar la empresa más asombrosa, con pobres y vulgares argumentos. Sería indispensable el lujo de sus desarrollos para hacer valer dignamente, contra sus errores manifiestos, las pocas y humildes y claras verdades que en su dialéctica se desconocen y confunden. "La fuerza de las ideas es ineficaz cuando las ideas no son expresión de la Fuerza", — dice Reyles, — o de la inteligencia, — pudiera entenderse, — y en su obra parecería así un aviso a los contradictores posibles.

Para explicarlo todo por la sola fuerza material, como Reyles quiere, es necesario comprender en ella a cuanto existe. Sin fuerza, sin la simple fuerza física, no hay nada que esté al alcance de nuestros sentidos, y es seguro que en cualquier conflicto, si hacemos de la victoria, signo de fuerza, triunfa siempre lo más fuerte según la naturaleza de las cosas puestas en lucha. En la balanza decide la inclinación de los platillos el mayor peso; en los tribunales de justicia se lleva el fallo el derecho mejor unas veces, y otras veces lo tuerce la arte-

ría cohechadora, el humor de los magistrados, o el ardid tramollero; en el amor y el corazón humano avasallan rivalidades una línea de perfil enigmático o la transparencia del alma que sonríe y se duele en la luz de los ojos y en el tono de la voz, la estampa del carácter o el mohín de una mueca, todo, hasta la gracia repelente de un labio femenino sombreado con cerdas y la expresión idiota de un hombre con cara bonita: y será en todo caso la fuerza, en una u otra forma, bajo aspectos variables, puesto que damos su nombre a todo lo que triunfa.

Mas no es una palabra empleada en múltiples sentidos lo que puede resolver en un principio único la complejidad infinita de las cosas, de la vida y de la conciencia. No basta mostrar que todo, mirado por fuera, es "formas de la materia", y que perseguida hasta su ápice, la materia se pierde en dispersión de energía; ni vale tampoco la violencia que se hace a filósofos como Platón y Espinoza para identificar sus transcendentales idealismos, con la concepción simplista del cosmos reducido a un juego de fuerza material.

¿Qué es esta misma? No le importa a Reyles no saberlo; sus "repugnancias metafísicas" detienen la investigación que se aleja de las realidades inmediatas y las conjeturas fáciles. Él tiene por cierto que los fenómenos, sea cual fuere su índole, son "hechos de fuerza", y que la fuerza es alma y causa primera de todo lo existente: materia, vida

y espíritu. No se para a considerar que, mirando solamente lo exterior, no puede ver sino la apariencia; ni atiende, como debiera, al espectáculo del mundo y de la historia, donde la materia, en sus propias leyes, aparece vencida por la vida, y la vida, en las suyas, gobernada por la conciencia. No es menos real y verdadero que la gravedad inmóvil, el impulso que saca y levanta sobre la semilla un tallo y hace abrir las flores a la caricia de la luz. En cada uno de los instantes que no abandonamos a la corriente de la rutina, hallamos en nosotros mismos la evidencia de lo espiritual y de su idiosincrasia. Muchos son los hombres que no viven más que la animalidad grosera y como sin alma de su propio ser; no quita esto, sin embargo, que otros deban a su corazón y su pensamiento satisfacciones que no cambiarían por ningún deleite de la carne. Tiene cuanto vive todos los caracteres de lo material, porque en materia se desarrolla la vida; pero bien claro patentiza la diferencia de lo biológico y lo inorgánico, la invariabilidad de lo uno y la constante creación de actividades nuevas en lo otro. El barro obedece al soplo de la vida y se humilla a la conciencia del hombre. No concederemos pues, que sea única jerarquía legítima la que establece la fuerza material en sus diversos grados. En la tabla de los valores inscribe la humanidad, en primer término, lo que es privativo de la condición humana, contra lo que ella comparte con el instinto de las bestias y la ceguera de lo inanimado. Nunca es tan admirable la materia como cuando parece que

piensa en la forma que seduce. Nada se juzga más estimable en la vida que el heroísmo en lucha con la animalidad.

El egoísmo es la raíz de nuestro ser, y es egoísmo a la vez que generosidad el deseo de bien para los otros, que nos llena de contento y alegría. Egoísmo es el mal que hacemos en la venganza; egoísmo también, la abnegación sublime con que sacrificamos posibles satisfacciones inferiores al orgullo o la dulzura de crear felicidades ajenas. Pero si todo es egoísmo en nuestros actos, porque todos nuestros actos nacen de voluntad y sentimientos nuestros, ¿quién no ve la diferencia que va desde el impulso con que el hombre de las selvas sacia el hambre en la presa arrebatada por traición asesina al cazador, hasta el placer de la curiosidad en el sabio, y el goce en la contemplación del poeta y esa impulsión denodada, sin nombre que la profane, del que se sacrifica a los demás? Tenemos en nosotros todos los torpes instintos de la bestia, pero la voluntad que es fuerte, los domina y gobierna y hace de ellos esclavos más sumisos que los esclavos negros amenazados con torturas de muerte sin ley, por el capricho de los reyes bárbaros.

Una cosa grande hay, entre muchas otras, en las enseñanzas de Nietzsche: el desenfreno de la voluntad heroica, ese poder majestuoso de avasallamiento que exalta al hombre libre sobre todas sugerencias extrañas. Ser dueño de sí para realizar en trágica intensidad la creación de la propia vida según el propio deseo: he aquí en otra fórmula su divisa:

“Nada es verdad; todo está permitido”. — Nada es o debe ser verdad que se nos imponga; todo está permitido en la ley superior de la naturaleza humana. Hay una verdad: la nuestra; y según ella y por nuestra voluntad debemos hacernos una vida libre que desenvuelva integralmente, en la plenitud de sus energías, nuestras personales inclinaciones. No será nuestra moral el servilismo del miedo que se amolda, cohibido, a la opresión de las normas; tampoco, el interés miserable que se da por satisfecho con llenar en un cuerpo de hombre las exigencias y los gustos de la hiena o el cerdo. Es lástima que Reyles no insista más cuando muestra que el egoísmo exigente florece en idealidad y acción generosa: “Es el lujo de la fuerza, que lleva al deber, al olvido de sí mismo y al sacrificio por los otros”. Parece que hubiera temido refutar su propia tesis desarrollando esta conclusión que la corona y dignifica.

Es el gran defecto de su obra, la exageración simplista (1) con que se empeña en explicar el mundo por la sola fuerza material e, identificando

(1) Nadie entienda que llamo simplista a la concepción de Reyles para tacharla de ininteligencia: digo simplista porque simplifica en exceso cuando reduce a un solo término, — la fuerza física, — toda la complejidad del mundo, de la vida y de la conciencia. De manera análoga, cuando señalo sus “repugnancias metafísicas” y sus preferencias por las “conjeturas fáciles” no incurro en el grosero error de suponerlo ignorante. Referencias hay en su obra que prueban sus estudios y preparación.

con ésta al egoísmo, niega o ataca toda generosidad, todo sentimiento noble y elevado. (1) En la progresiva marcha del egoísmo, si por tal se tiene la tendencia a cumplir las inclinaciones del propio ser, hay una gradación que sube desde el primer difícil y precario intento de vida, — por insuficiente, consagrado todo a sí mismo, — hasta la desbordante prodigalidad que se derrama en alegría sin objeto, entusiasta y contagiosa. Es bien cierto sin embargo, que poco o nada saben de idealismos los más hombres, y que precisamente vociferan más desprendimiento los que, de sí mismos desprendidos y no valiendo nada, roban hasta cuando se venden.

¿Quién no preferirá la rudeza franca del burgués sin ideal, que trafica y se enriquece en la industria y el comercio, a la hipocresía o la desvergüenza del político mercenario? Reyles escribió *La Muerte del Cisne* con el pensamiento fijo, no en las historias de las grandes almas, — santos, héroes, sabios, artistas, — ni en los cuadros confortantes del recogimiento familiar, sino en el ruido ostentoso del ajetre mundano. No encontró en él ni a los mejores hombres ni a los hombres en su mejor momento.

(1) Se me dice que he interpretado mal a Reyles porque no he comprendido la identidad fundamental de la fuerza física, la voluntad y el egoísmo (cierto: para mí son cosas muy diferentes con semejanzas de mera apariencia o de nombre), y porque no me paro a considerar que no se niega toda generosidad sino la que no arranca del egoísmo. Parece que Reyles aclarará el punto en los *Diálogos Olímpicos*, obra que prepara en estos momentos.

Se comprende así que hiciera de Madame Paquin en el hipódromo de Trouville un símbolo de Francia, y que sublimara con elogio la figura vulgar del financista como paradigma y rey de la sociedad moderna. ¿Qué es hoy Madame Paquin en las trincheras cruentas que cierran paso a la barbarie con el dolor de todos los corazones comprimidos en la angustia común? ¿No está la riqueza toda puesta al servicio de una bandera que es patria y es gloria, porque es humanidad y es justicia y es idea?

Dirá Reyless que el oro defiende su causa en esta guerra económica de rivalidad comercial, y que si Francia ha olvidado un momento su ligereza brillante es porque apenas se basta para contener la arremetida furiosa contra su existencia. Tal vez algún día se llame en la historia a esta conflagración mundial, la guerra de Alemania; porque alemanes son sus orígenes industriales y académicos, alemanes sus procedimientos de metódico salvajismo y felonía diplomática y baja intriga y traición, y alemanes o contra alemanes han de ser sus resultados ya que en ellos acabará para siempre el sueño imperialista de una dominación nacional, por la fuerza, sobre Europa y el mundo entero. Pero no habrá sido ni alemana ni económica la resistencia belga, precisamente imprevista porque no entraba en las previsiones del cálculo interesado, el desinterés de la dignidad heroica y mártir. No habrá sido utilitaria tampoco la actitud de los Estados Unidos, guardianes celosos de los principios, pacientes en las re-

clamaciones mal atendidas, resueltos a la guerra contra las conveniencias de su comercio, y beligerantes por humanidad, sin propósitos de conquista ni de lucro. No habrá sido por cierto egoísta el sacrificio de los que, sin tener nada y perdiéndolo todo, mueren con dolor y entusiasmo por las esperanzas de la vida y el orgullo del valor, de la dignidad y de la patria. Y por fin, aunque las naciones atacadas lucharan sólo por sus intereses, ¿quién no ve distintas en su alma a la justicia que se defiende y a la iniquidad de la agresión? ¿Quién se atreverá a negar, de cara a esta evidencia de nuestros días, la verdad patente y eficaz de la abnegación? (1)

La estética del crimen y del mal es demasiado compleja y difícil para planteada en pocas líneas, pero bien se puede notar, aun de paso, que el placer siempre turbio y doloroso que se experimenta en las violaciones del sentido moral, nunca nace de lo que en el hecho admirado condenamos, sino de otras cosas igualmente admirables en los actos de bondad y virtud: espíritu de libertad y rebeldía, tesón, coraje, destreza, audacia, superioridad, señorío de sí. Característico y bien significativo en esa impresión es su falta de pureza, el desasosiego, un dejo de amargura: y así, por modo indirecto, esa misma estética viene a reconocer las leyes que

(1) Dadas las ideas de Reyless, puede no estar de más advertir que, a pesar de ellas, Reyless no es ni gusta que se le tenga por germanófilo.

infringe. El bajo pueblo acoge con simpatía al bandido que desarma a sus perseguidores y los befa, al que asalta y roba a mercaderes enriquecidos, labradores avaros y potentados insolentes, más pronto cambia de sentimiento cuando sabe que han sido víctimas de los atropellos, pobres caminantes y mujeres o criaturas indefensas. Nos place la fuerza en la victoria que no atenta a la justicia y es fruto de habilidad o merecimiento; pero nada subleva tanto a nuestro espíritu como esa misma fuerza en una victoria inicua.

La moral del futuro no será la moral de la fuerza, cuyo advenimiento anuncia Reyless. Cada paso en la marcha que ha traído a la humanidad a su actual estado, ha sido un paso que la alejaba del imperio de la fuerza, de los instintos groseros y del egoísmo bestial. Van siendo progresivamente mayores el conocimiento y la aceptación de la realidad; pero gracias a esa creciente penetración del hombre en la naturaleza, aumentan día a día los recursos y la soberanía de la inteligencia sobre las cosas. El fuego, el agua, la electricidad, en la palanca, en la rueda, todas las fuerzas naturales, trabajan la materia por nosotros. La industria responde cada vez mejor y más fácilmente a nuestro deseo. La presión ligerísima de nuestro índice en un resorte sencillo, un contacto, un roce apenas, reemplaza hoy el esfuerzo horrible de las multitudes agotadas en la construcción de las Pirámides. La fatalidad se restringe en la medida que avanza el cálculo de la pre-

visión. Nos hemos arrancado a la servidumbre animal de los primeros instintos; hemos conquistado una libertad que no gozaban nuestros antepasados en las soledades incultas de los bosques: somos en gran parte dueños de nuestro destino. Se ha afinado nuestra sensibilidad: sentimos en nosotros como propia, por simpatía, la suerte ajena. La vida ha realizado en el hombre la más estupenda maravilla, la conciencia moral: disfrutamos con amor o con orgullo el bien que prodigamos a los otros; nos aflige con vergüenza o nos degrada en grosería el mal que les hacemos.

¿Será posible retroceso la abdicación voluntaria de la dignidad a la sujeción de la fuerza? La historia hasta ahora no la ha entrevisto, y la fuerte marea que sube en los pueblos arrasando obstáculos, desde las almas de los simples hasta las leyes deliberadas en los gabinetes del absolutismo, permite discernir, por lo contrario, un orden más conforme con los ideales de la justicia. Hoy luchan las reclamaciones del socialismo con los privilegios de la organización antigua. No es imposible conjeturar los resultados; inteligencias perspicaces, como Herbert George Wells y Anatole France, han podido sondear el porvenir que se elabora en la sociedad contemporánea transformada en sus costumbres por la acción decisiva de los principios revolucionarios. Sus predicciones más probables no son desconsoladoras. No hay que temer la Beocia que Reyless pronostica en el comunismo. Los hombres del futuro, mejor

informados que nosotros acerca de nuestra constitución física y moral, consentirán en respetarse en las diferencias de sus condiciones personales. No habrá un patrón igual para individualidades opuestas. Cumplido el servicio de trabajo obligatorio, cada uno querrá ser libre y lo será para conducirse como le parezca mejor. Una organización más adecuada en las tareas ineludibles traerá consigo una independencia más amplia en el ocio, y como nosotros respecto de las generaciones remotas, el hombre de mañana vivirá en un mundo más apropiado a su naturaleza, porque habrá podido gobernarlo más cumplidamente. Saludemos esta alegría de la esperanza que nos sonrío con sus animaciones.

¿Y la "metafísica del oro" según Carlos Reyles? ¿Y el "valor divino de la moneda"? Cuando haya desaparecido el dinero, — si un día desaparece, — subsistirá aún nuestra inquietud metafísica. Habrá seguramente quienes tengan lo que se ve por buena prueba de que no hay nada invisible. Ellos repetirán con Reyles que Dios huye, ante el hombre, de lo conocido, y se refugia en lo ignorado. Tal vez desocupada su alma, por estas ideas, de toda consideración trascendental, se vuelva con adoración a las cosas del mundo, y haga de ellas como Reyles con el oro, figuraciones divinas. Otros pensarán que si cada sentido nos revela un aspecto diferente de la realidad, nada nos asegura que la conozcamos por completo; porque pueden faltarnos muchas maneras de relación con lo mismo que vemos, oímos y tocamos.

Enseñarán, con el personaje de Shakespeare, que no cabe en nuestra pobre filosofía lo que llena los cielos y la tierra, y en vez de limitarse a comprobar el exterior encadenamiento invariable de los fenómenos, escudriñarán su verdad íntima en la corriente de la percepción, y se esforzarán por comprender la novedad de lo antigua y la creación de lo existente. Aun a riesgo de perderse en el vértigo de sus abismos, el hombre pondrá siempre sus ojos en el misterio: cuesta resignarse a la ignorancia incuriosa de las verdades más augustas. Se dice de las cosas que más valen, que no tienen precio, y entre ellas está la ciencia de lo inútil.

Reyles se engaña cuando espera que el oro rija y regule algún día todas las relaciones de los hombres. Vamos poco a poco aprendiendo a estimar las consecuencias naturales de los actos como su más apropiada sanción y recompensa. El castigo del mal podrá suprimirse desde que el mal por sí mismo nos repugne y disuada; el premio del bien es ya una ofensa para quienes conciben la dignidad de haberlo hecho desinteresadamente. No pagaremos nunca los cariños de madre, el placer de la amistad probada, la sonrisa complaciente de un amor sincero. Es bien posible, al contrario, que en gratitud a la humanidad y por veneración de la vida, realicemos al fin los trabajos indispensables, como hoy nos ocupamos por afición en cualquier tarea grata, sin deseo ni esperanza de lucro. El artista que produce por su gusto una obra de belleza, no debiera

exigir, sobre la satisfacción de haberla realizado, ninguna retribución, y en la sociedad organizada según la justicia podrá ser como obra de belleza todo el trabajo, donde cada uno ponga la nota de su parte en la armonía de un himno perenne.

Pasarán muchas generaciones de hombres antes que así ocurra si alguna vez sucede, y entre tanto será la moneda lo que ahora es: un simple instrumento de cambio. Poco es ella fuera de la función que ejerce: un pedazo diminuto de metal acuñado en redondel, o un papelito impreso con varias firmas ininteligibles. Poco vale por sí sola, y el hombre hace de ella una maravilla de facilidad en las transacciones de mercado. Su gran virtud consiste en que, siendo apenas más que nada, se presta a representar el valor de cuanto se vende y se compra. No merece por eso los elogios que le tributa Reyless. Ella no es el pan de nuestra vida mejor ni la mano que lo prepara. Retribuye al egoísmo, pero no paga la generosidad; es fuerte contra la miseria y nada puede contra la firmeza del mártir. No es mala ni buena, porque sirve indiferentemente al bien y al mal. No es una realidad siquiera, aunque brille a nuestros ojos como una tentación y rompa con su peso nuestros bolsillos: es un símbolo de muchas posibilidades indistintas. Repugna cuando está reducida a su ser en las manos del avaro, y en las del varón sensato se transforma siempre en otra cosa. Bien lo sabe Reyless que dijo en *El Sueño de Rapiña* la inutilidad agobiadora del dinero inapro-

vechado y que en *La Muerte del Cisne* canta la riqueza por los placeres que procura, que es otra manera de cantar la vida. No toda la vida sin embargo: la *Metafísica del Oro* repite, con todas sus limitaciones, a la *Ideología de la Fuerza*; lo que no obsta a que también la contradiga en algún punto.

Es curioso notar que el mismo Reyless, remontándose en su exaltación crematística, destruye el fundamento de toda su filosofía moral. Después de hacer del mundo un campo de batalla donde los hombres, al igual de los otros seres, se disputan, en perpetua lucha egoísta, una victoria que pertenece fatalmente y por derecho al más fuerte, olvida en un minuto la supremacía acordada a la Fuerza, para mostrar vencidas su justicia y su fatalidad por la fatalidad y la justicia del Oro. El capital quebranta al destino; magnifica y liberta al hombre. Es cierto que para Reyless el Oro es "extracto de vida: ¡cómo la vida se reproduce y hereda!"; pero la selección a que llega entre los hombres la guerra económica, difiere por completo de la selección natural en sus resultados, cualesquiera que sean. bajo otros aspectos las analogías de su común crueldad implacable. Reyless, arrebatado en las ponderaciones a la excelencia del oro, arranca los cimientos de su propia obra para hacer con ellos una cúspide que la corone. El dinero, cosa del hombre, invención de su espíritu, puede más que las leyes de la fatalidad, y bien mirado es sólo signo del valor e instrumento de cambio en las relaciones del egoísmo.

Estamos pues en la naturaleza, pero no somos esclavos de su poder. ¿Por qué negar a nuestros sentimientos más nobles y generosos la eficacia que se reconoce en nuestro interés más bajo y mezquino? La vida vence las resistencias de la materia; el espíritu se impone a la vida y la sublima, en su momento más álgido, a la heroicidad del sacrificio.

No es, manifiestamente, para todos los hombres ni de todas las horas, este milagro, y si algo tiene de saludable el intento de Reyles en *La Muerte del Cisne* es lo que en él suena a bofetada contra la cobardía hipócrita del egoísmo que se oculta en las más resonantes declamaciones idealistas. Todos cubren con grandes palabras sus pequeñas miserias; hablan de principios e ideales quienes viven de instintos en rutina; mueven bandera los que buscan favores; hacen política los incapaces de trabajo; son publicistas y oradores de plaza o ateneo los pobres diablos de mala suerte. Se comprende que en situación semejante, Reyles fustigue a las gentes de letras y elogie a la burguesía emprendedora y progresista. Es todavía más razonable su ferviente admiración por los Estados Unidos.

José Enrique Rodó había sido injusto con ellos en *Ariel*, tan contrario por su espíritu a *La Muerte del Cisne*; mal conocía a la gran República del Norte cuando escribió esas páginas, con la impresión de la guerra en que España vió instantáneamente aniquilados sus débiles barcos de madera por una escuadra formidable en su masa de hierro. Po-

día creerse entonces que los norteamericanos abusaban de su prepotencia contra el pueblo español para aumentar su riqueza con la anexión de Cuba. El "yankee" era para todos un hombre de negocios; no se tenía de él más retrato que la caricatura española. Era inusitado en grandeza lo que preparaban los Estados Unidos: limpiaron a Cuba de su peste endémica, la educaban a la libertad, y llegado el momento propicio, la hicieron libre, sin presión ni cálculo, por solo respeto al Derecho. El pueblo de los mercaderes más portentosamente ricos, es también pueblo de nobleza heroica, de virtud magnánima. Entre sus bancos y fábricas enormes, un nuevo tipo de mujer, desenvuelto al amparo de las mejores costumbres, — la girl, — trasluce en la resolución de sus gestos simpáticos, la salud moral de su raza. Cuba libre, las Filipinas en vías de serlo, y frente a la insolencia del kaiser, en campos de Europa, el pabellón de las estrellas americanas, dicen para siempre, a todo el mundo, con la evidencia incontrastable de los hechos, la generosidad y la gloria de la nación sobrepuesta al mercantilismo egoísta. Nombres de norteamericanos honran a la humanidad en todos los caminos y todas las cumbres de la ciencia y el arte, y el del Presidente Wilson es hoy la personificación más pura de la justicia entre los pueblos. Grandes son los Estados Unidos por su riqueza como enseña Reyles, pero grandes, más grandes todavía, por su alma heroica y su ideal de bien. En la plenitud de su vigor, salen

de sí mismos y entran al mundo para confundirse, en la causa de la humanidad, con Francia gentil, con Bélgica mártir, con Inglaterra libre, con Italia redenta. No es la fuerza material lo que los guía, sino eso que Reyles llama desdeñosamente "las entidades de las filosofías espiritualistas: Justicia, Derecho, Bien..."

No ha muerto el cisne: Ariel gobierna hasta los designios de Calibán; la democracia, que no cambia al hombre como prometieron engañados sus primeros nuncios, permite sin embargo que el hombre desarrolle en ella mejor lo mejor de sí mismo. Renan la saludaba en su porvenir con esperanzas vacilantes a ratos entre temores, y ella no ha desmentido la confianza del sabio. Nosotros la esperamos todavía, para la humanidad entera, en un próximo abatimiento de la ambición imperialista.

ACEPTACIÓN Y DISCIPLINA DE LA REALIDAD: *EL TERRUÑO*

Antes de escribir *La Muerte del Cisne*, Reyles había hecho en *La Raza de Caín* la defensa del egoísmo, de la voluntad y del trabajo, sólo que su tesis revestía entonces aspecto negativo, porque en vez de afirmarse directamente, promoviendo los personajes a acción, explicaba el fracaso del intelectualismo petulante (Julio Guzmán) y de las ambiciones sin arraigue en la realidad (Casio, Ana, Menchaca). *El Terruño* exhibe en otra forma el juego de las mismas ideas. Hay ahora frente a la idealidad, que será derrotada, un representante de las tendencias sanas, que triunfará. Es Mamagela, mujer de muchas carnes y no pocos años, locuaz, activa, de genio algo travieso y buen sentido práctico. Ella es todo en su casa y en sus cosas y está siempre en ellas. Con buenos modos hace de su marido cuanto quiere. Son sus hijos hechura de ella en todo lo que la naturaleza consiente, y ninguno se desmanda ni resiste a la voluntad materna, fuerte pero no tiránica. No toma gente de servicio sino, entre los doce y los veinte años, a la edad en que todavía es fácil de amoldar a la disciplina de sus gustos y costumbres. Con atención vigilante, con celo industrioso en la administración y econo-

mía de las ganancias, ha hecho la fortuna de los suyos en una pulpería rural convertida finalmente, por obra de un designio tenaz, en establecimiento ganadero, "El Ombú". Une al tino sensato de la casera habilidosa, los sentimientos comunes de un corazón cristiano. Nada es novelesco en ella: la novela, como no sea de costumbres, sólo por las personas de su familia y de su trato puede tocarla y hasta envolverla, pero ni de éste ni otro modo reducirla como juguete al capricho de las agitaciones humanas. Nada la sobrecoge: su espíritu sereno y estable se sustrae sin brega a las pocas vicisitudes que no vence.

Son seis los hijos de Mamagela: dos hembras y cuatro varones. Éstos pasan casi inapercibidos en las ocupaciones ordinarias de la casa paterna; sólo episódicamente la guerra civil destaca a uno de ellos. El trastorno de la vida regular en la familia proviene de las mujeres. Las dos viven, casadas, con sus maridos, aparte de los demás.

A la mayor, Celedonia, la casó prudentemente Mamagela: daba mucho que temer por su condición hombruna y su constante enredo en amoríos, y fué de razón que se desfogase, en la tranquilidad segura de un buen matrimonio, la inquietud amenazadora de su temperamento inmoderado. Escogió para yerno a Primitivo, peón criado junto a ella, ahijado suyo, limpio, trabajador, económico. La historia de Primitivo y Celedonia es punto por punto, con muy pocas alteraciones y casi con las

mismas palabras, la que ya conocemos por la academia. Adelina se llama aquí Celedonia; el matrimonio tiene un hijo; no exige Primitivo el pago afrentoso de su mujer adúltera. Cuando esposo y amante se encuentran frente a frente en la sorpresa mutua, Jaime, cínico y brutal, se arroja sobre Primitivo y le asesta una puñalada en el rostro. Se produce en la convivencia de los esposos una ruptura definitiva, el aislamiento de cada uno bajo el mismo techo, entre las mismas paredes. Más adelante Mamagela se lleva consigo a su nieto, porque Primitivo lo maltrata con la rabia implacable de que pueda no ser hijo suyo. Averigua Primitivo que su hermano milita con los blancos levantados en guerra civil, y se plega a las huestes coloradas en busca de venganza; da con él en un combate, lo degüella, llega a su rancho poco después de haber muerto Celedonia, pega fuego a cuanto le queda, y él mismo muere entre las llamas.

La otra hija de Mamagela, Amabilia, está casada con el señor Temístocles Pérez y González. Por cierto no lo eligió, como a Primitivo, su suegra. Es un tragador de viento, hombre imbécil y vanidoso, sin carácter ni voluntad, fracasado en todos sus intentos. De joven, lleno de una gran idea de sí y reunido con varios compañeros igualmente fatuos, había hecho versos y fumado en pipa. Más tarde, para iniciar en la prensa y la enseñanza un apostolado, abandonó a medio hacer, con desprecio, su carrera universitaria. Acabó así en profesor parti-

cular oscuro y despechado: en los exámenes le reprobaban a sus discípulos, según él porque saben demasiado, pues no quiere que se malogren estudiando la filosofía de los programas oficiales y les enseña otra de su preferencia. Ha contestado aparatosamente, al libro de Nietzsche *Así hablaba Zaratustra*, con otro titulado *Así respondió Pérez y González*; pero contra sus esperanzas de estruendo y convulsión, nadie hace caso de su obra. Se ha dado a la política; ha fundado con tendencias innovadoras, dentro de su partido, un Club Libertad, que proclama candidato para la banca legislativa de sus fallidas ambiciones a un sujeto anodino sin méritos ni significación. Está ahora pasando una temporada con la familia de su esposa, en el campo. Descontento de los hombres y de sí mismo, quiere defenderse, no dejarse hundir en la indiferencia de todos, y en el deseo de un despique, apela a todo género de recursos, con noción clara de su íntima degradación: acepta, en pugna con sus correligionarios oficialistas, la candidatura que le ofrece un grupo de opositores; tiene que falsear y falsea en público sentimientos y palabras para enseñorearse, por la pasión, de su auditorio sin cultura, incapaz de pensamiento. Y nada le vale: regresa a Montevideo, derrotado en las elecciones por las maniobras del gobierno. Su posición final de vencido en la política lo encona contra todo: contra sus propios entusiasmos anteriores, contra la ilusión de fáciles triunfos en una vida sin trabajos, contra la idealización de los hombres y la democracia, con-

tra su misma esposa. Se había juzgado capaz de las empresas mayores porque ignoraba las limitaciones de sus fuerzas, nunca probadas seriamente, y las resistencias oscuras de la realidad ajena a los designios humanos. Se ve ahora, abatido, en la verdad miserable de su insensatez ridícula. Su idealismo, su pensamiento, no son ya para él más que engaño. Amabilia, la compañera ilusa de su exaltación quimérica, pierde el prestigio que la asociaba antes a sus aspiraciones, y venida a menos, parece a sus ojos como una mujer vulgar, desatinada en un intelectualismo huero. Ella, por su parte, va descubriendo que su marido es un hombre apocado. De esta manera, insatisfechos, agriados, se alejan uno de otro, por recíproca desilusión. Afortunadamente los arranca a ese estado la inesperada preñez de Amabilia. Mamagela acude a Montevideo para asistir a su hija en el parto; se entera de que su yerno ha vendido una casita y tiene hipotecadas las otras dos que fueron toda su herencia con aquella y con un campo próximo a "El Ombú"; poco a poco, insistentemente, va ganándolo a la idea de marcharse a su propiedad rural para labrar en ella, con su trabajo, su felicidad y una fortuna. Temístocles Pérez y González conserva todavía, en la desgracia, un resto de amor a sus frustradas grandezas de imaginación. Se aviene a las razonables exhortaciones de Mamagela, pero también lleva al campo, con la resolución de ganarse la vida, el proyecto de reformar a los paisanos en nuevo apostolado.

Puesto que se va a la campaña, establecerá la hegemonía de la campaña sobre la ciudad y, siempre dispuesto a ser generoso, combatirá las dos plagas de la vida rural: la pasión política, origen de revueltas y desorden, y la rutina, rémora del progreso. No se resigna a salir de Montevideo sin haber antes paseado su calle más central, entre la concurrencia atónita, con aire de conquistador y traje de gaucho. Transcurren, sin mayores tropiezos ni beneficios, dos años de tranquilidad en la existencia de Tocles, — nombre familiar del señor Pérez y González. — Su afán de innovación merma las ganancias propias de las faenas acostumbradas: inventa un procedimiento para la fabricación de la manteca y, por dificultad en las comunicaciones, la manteca se le pierde antes de llegar a los centros de consumo; logra así y todo la satisfacción orgullosa de palpar por primera vez el producto de su esfuerzo y de sentirse útil. Sobreviene de pronto una revolución que trastorna al país. Tocles presencia el aniquilamiento de su obra: le matan, para comer, sus ganados, y le destruyen los cercos para pasar y hacer fuego. El desastre no es solamente material: para Tocles que había ido aplazando contra su gusto el propósito imposible de reforma social, el cultivo de su hacienda no era ni un entusiasmo ni un arresto inquebrantable, sino el freno que retenía la inclinación aun viva de su temperamento a las antiguas andadas. En los escombros de su desvanecida prosperidad, se siente sin deseos

de recomenzar el ensayo y sumiso a las solicitudes vagas de una vida abierta a los sueños de su amor propio, sin plan, sin contrariedades, sin pequeños deberes. Resuelto a abandonarlo todo, — mujer, hijo y deudas, — tiene ya el caballo ensillado y está vestido para marcharse cuando Mamagela, con pocas palabras de bondad y razón, desarma su designio en un momento de sincera humildad trágica. Tocles se da al trabajo de nuevo, esta vez sin idealismos absurdos, sin intenciones de apóstol, con la voluntad sana y sencilla de valerse y valer a los suyos y también a los demás; y es buen cabeza de familia y hasta político de acción útil. Mamagela ha triunfado, sin ruido, sin aspavientos, oscuramente, en el espíritu del señor Pérez y González, como en todas las cosas de la vida.

Una primordial observación se impone sobre el carácter de los dos personajes más importantes: Mamagela es la encarnación del espíritu práctico, pero no lo representa en su más amplio vuelo, en sus mayores alcances, en las grandes empresas de la industria y la política, sino al contrario, en la modesta esfera de una humilde vida privada: el señor Temístocles Pérez y González, por su lado, personifica la tendencia idealista, pero no tiene en sí nada extraordinario; por su inteligencia, por sus pasiones, por su voluntad, por su preparación, es todo él, de pies a cabeza, un pobre hombre común, y así no llega sino a caricatura de lo que pretende

ser por sus aspiraciones desmedidas. El problema de su oposición, la tesis del libro, va a agitarse pues, en términos circunscritos a la existencia ordinaria: no saldremos de sus ámbitos; no inqueriremos si basta para todo en el mundo el utilitarismo prudente, y si las almas capaces de heroísmo hallarían satisfacción completa en el mercado, sin horizonte abierto, de los tráficos egoístas. La cuestión se plantea ahora donde verdaderamente conviene, por su interés, a los hombres: en el caso general, no en la excepción posible: en el caso de los más, casi de todos.

¿No es Mamagela una mujer modelo? Pues vive en la realidad de cada momento, con ojos y manos puestos en ella para conocerla y acomodarla al bien de su casa. Es feliz con la felicidad que ha sabido ganar para los suyos, y nada le falta porque no pide imposibles. Nadie querrá cambiarla en lo más mínimo: tiene todas las cualidades necesarias a la situación en que se encuentra y se desempeña a maravilla en todos sus pasos. Gobierna su pequeño mundo: es dueña de su destino, porque lo acepta en lo que tiene de fatal y lo dirige en cuanto puede arreglarse. No es grosero egoísmo lo que triunfa en ella, que, negándose a perderse en honduras y cavilaciones, se define con viva sensatez en estas palabras dirigidas a su yerno: — “Déjame a mí tal cual soy y con lo que creo, que así me encuentro muy a gusto. No quiero saber lo que no me hace falta. Una buena cristiana no tiene ne-

cesidad de tantos ajilimojilis y rompecabezas para vivir en paz y en gracia de Dios. Ni tú ni el mismísimo Salomón me harán creer que el sacrificarse por los hijos es otra cosa que sacrificio cristiano y caminito del cielo”. Bien sabe ella lo que es y cuanto quiere y nadie lo dirá mejor que ella misma: — “Aquí donde me ves, también tuve yo mis desvaríos y mis desengaños. De chica quería ser monja y fundadora de órdenes, como Santa Teresa; de grandecita, princesa de las *Mil y una Noches*; de moza, rica y dama principal... Después me casé con Goyo, salimos al campo y empecé a tener hijos y a criarlos... Y aquí me tienes, gorda y contenta. ¿Por qué? porque cumplí con mi deber. Ya casada, mi deber era olvidar los sueños juveniles, velar por el porvenir de mi marido y mis hijos. Y en eso puse alma y vida, sin meterme en más averiguaciones ni darme esos trotes de “si es o no es”, que tu te das. ¿Para qué sirve tanto buscarle tres pies al gato? A mí sólo me interesaba lo que era útil y podía servirme de apoyo y ejemplo en mi tarea, que no fué tan fácil como tu puedes suponer.—De tejas arriba, Dios; de tejas abajo, la familia. Para cumplir cristianamente mis deberes de esposa y madre y fortalecerme en mi empeño, a parte de mis oraciones, me decía: “¿qué sería, Ángela, de Goyo y tus hijos sin ti? Eres la providencia de los tuyos; abre el ojo, mira donde pones el pie, vela por ellos noche y día; tú eres responsable de esas vidas”, y al pensar así me hacía económica, trabajadora, pre-

cavida y, además, dichosa. Tú, que no tienes religión ni crees en nada, (y por eso andas como bola sin manija, dicho sea entre paréntesis), me dirás que era víctima de un engaño, de una ilusión. A eso respondo que esa ilusión me hacía y me hace vivir”.

Alguien ha visto en Mamagela a Juana la Larga crecida en años y fortuna: se asemejan mucho en lo que les es común con toda mujer diligente y de buen tino metida en sus quehaceres. Son igualmente listas y hacendosas: todo lo observan, de todo se penetran, descuella su habilidad en todo; no hay ocupación casera que las achique; bajo sus manos, las cosas relucen de limpieza; los platos que ellas preparan engolosinan con apetito al mismo desgano. Su pericia en el trato de las gentes es también parecida: las dos esquivan querellas y ganan voluntades con paciencia y sabio oportunismo. Son españolas ambas; Mamagela es una española nacida en el Uruguay, con muy poco del terruño en su persona a pesar de su mucho apego a la realidad. Debe a su familia andaluza y al frecuentamiento de los místicos antiguos, — según Reyles, — su peculiar manera de expresarse, insólita en nuestro pueblo. No es, por eso, una bachillera aunque, — también según su biógrafo, — guste escribir “epístolas” y, entre veras y bromas, haya compuesto un discurso y unas “reglas del buen vivir”. Opina, al contrario, que “el hombre no nació para leer, sino para trabajar; la mujer no vino al mundo

para ser maestra de escuela, sino para tener hijos, y criarlos, y enseñarles la doctrina cristiana, y llenarles la barriguita de cosas buenas”. ¿No dice el evangelio de Jesús, adaptado a las conveniencias del mundo, que la caridad bien entendida empieza por uno mismo? Mamagela no duda que “si todos se quedasen en sus casitas y trabajasen, este país sería un paraíso”; detesta a los políticos y declamadores; sin embargo no se lleva mal con su yerno, que es declamador y político.

De ella asegura Reyles dos o tres cosas un tanto extravagantes que, precisamente por su extravagancia, yo no acabo de admitir. Ya me cuesta un poco imaginármela enfrascada en lecturas de la Doctora Mística, pues no reconozco en ella señales de gusto o curiosidad por los deliquios y trances de amor de Dios, fuera de que es para sospechar eso de que salga diciendo que no ha encontrado nada parecido a la desazón de Pérez y González, en las obras de la Santa, llenas de sus trabajos interiores. También me choca la mala voluntad que se atribuye a persona de tan buen seso, contra las máquinas de coser, y más todavía, su falsa explicación. El ruido en ellas no es tanto que aturda y baste a acallar charlas de vecinas y comadres animadas en tertulia íntima, o las obligue a desgañitarse gritando, y en todo caso el tiempo que ahorran, permitiría suspender la costura sin perjuicio o reemplazarla con otra labor de mano, durante el rato de las visitas. No es razonable esa aversión, y en Mamagela todo

ha de ser razonable. Por último, no quiero creer ni en su discurso ni en sus reglas de bien vivir, aunque tengo por cierto que hubiera podido hacer al uno y las otras tales como nos los da Reyles o con poca diferencia. Me repugna verla fuera de sus casillas, ceñida al cuerpo la bandera patria, una copa de vermouth en lo alto, hablando entre comarcanos, con burla y convicción que tocan extremos de solemnidad y ridiculez. No sé concebirla escribiendo, con rebuscamiento artificioso, a la pariente encopetada que no la quiso recibir, amonestaciones sobre el respeto de la familia y el gobierno de la casa. Buena es ella, como ninguna, para chacotas y jaranas en el correr natural de una situación cualquiera, mas no le sientan golpes de efecto preparados con estudio y, para colmo, algo histrionescos. No podría ser pronunciado su discurso ni compuestas sus reglas del bien vivir, sin que ella venciese y contrariara su fuerte sentimiento de respeto por sí misma y de autoridad sobre los demás, y esto no lo hace nunca la gente de su tino y sentido. Hay sin embargo, tanta vida y verdad en Mamagela que, a pesar de mis escrúpulos y después de haberlos precisado, me doy a sospechar contra ellos y no sé resolverme entre mis observaciones y la narración del novelista, porque se me figura que no pudo engañarse quien tan perfectamente concibió su personaje.

Muy otro es el señor Temístocles Pérez y González. Una mala pared de libros lo separa de la rea-

lidad: las cosas no son nada en su fácil y dichosa plenitud de imaginación. ¿De qué le serviría un título profesional si ha nacido para apóstol? Se las echa de literato; fuma ostentosamente en pipa; llegada su hora, cumplirá su misión ante la humanidad estupefacta... Es periodista, pronuncia discursos, enseña filosofía, hace libros. ¿Qué vale en el mundo más que la palabra, que es inteligencia?... Sin embargo los hombres, los pobres hombres, no comprenden, no pueden comprender, una superioridad que los desborda. ¡Es tan triste el destino solitario de los grandes espíritus! ¡Si a lo menos trascendiese al público la consciencia que uno tiene de sus propios méritos! Una aureola de popularidad, poco es, pero es algo, y ¿qué más puede esperarse de la gente mísera?... La política tribunicia de principios no está mal cuando triunfa de la intriga y la violencia, pero rara vez triunfa, y nuestro señor Pérez y González no tiene suerte. Sus correligionarios y compañeros de club lo traicionan proclamando otro candidato. Se ha dicho que la venganza es manjar reservado a los dioses; lo cierto es que el señor Pérez y González no ha podido vengarse de sus amigos y sufre la humillación de haberlo intentado sin éxito. Le queda un recurso contra ellos: sabrá despreciarlos. Se marchará a la campaña y sacará a consciencia sus energías ocultas y disciplinará con ellas la vida nacional. No es para menos el héroe, conductor de pueblos. Pero ¿dónde están esas fuerzas ignoradas?

¿cómo despertarlas y reunir las? Corre el tiempo sin que nuestro gran personaje decida el problema, y las gentes que él pensaba dirigir con su palabra, se levantan en revolución y arrasan a su paso media República... Así, golpe tras golpe, ha ido comprobando la consistencia de lo real y la ineficacia de su ilusionismo, hasta que, disipado éste, acepta finalmente las condiciones de su vida y se resuelve a trabajar la tierra en lugar de mecerse en el mareo amodorrante de las nubes.

Hay que ver claro en la personalidad y la significación del señor Temístocles Pérez y González. ¿Es, verdaderamente, un idealista? Por tal se tiene él mismo y lo tiene Reyles; pero es natural que ellos se engañen, cegado el uno por la vanidad del amor propio desatinado, y el otro por la prevención del padre orgulloso contra su hijo necio. ¿Acaso no fué él engendrado en la idealidad para castigar a ésta en las aflicciones de su hijo? (1) Las cria-

(1) Se me objeta que Reyles no puede tener al pobre Tocles por un idealista superior y que de ninguna manera puede haberlo creado para combatir ese idealismo. La palabra "superior" me incomoda: no es el idealismo superior, es el idealismo puro y simple, lo que Reyles, que no hace distinciones, pretende combatir en *El Terruño* como en *La Muerte del Cisne*; y yo observo que no es el idealismo, sino el ilusionismo, la incapacidad de apreciación, la falta de sentido común y de sentido crítico y de sentido práctico, lo que ha representado en el señor Pérez y González. Toda nuestra discrepancia estriba en que él presenta como valederos contra el idealismo, sus ataques que sólo dan buena cuenta de la can-

turas del odio son siempre deformes. Lo es de cuerpo y alma y hasta de nombre, este señor, que se llama Temístocles, a lo ilustre, y Pérez y González, a lo vulgar, que tiene la frente demasiado grande para la cabeza, la cabeza demasiado grande para el tronco y el tronco demasiado grande para las piernas, y que siendo incapaz de todo, todo lo ambiciona. Le falta sentido crítico y práctico; no se da cuenta exacta de nada; vive, como en un limbo, proyectando al vacío de que se rodea, sus fantaseos absurdos, y acomete, sin aptitudes y sin noción de las dificultades ciertas, intentos azorosos, llenos de tropiezos enormes. A ser Mamagela tan asidua lectora de Teresa de Jesús como se dice, ella hubiera podido enseñarle, con las obras de la Santa en la mano, que eso es pura bobería monda y lironda, y que no la sola idealidad, sino hasta el misticismo, es compatible con la perspicacia más fina y la disposición de mejores trazas para los negocios del mundo.

A primera consideración, sorprendería encontrar repetidas, las experiencias del propio Reyles, en tan pobre sujeto como el señor Pérez y González, si ya no supiéramos, por Julio Guzmán, que el autor se ha complacido antes en otro capricho análogo. Las

didez ilusa. Estoy con él contra ésta, mas pongo a seguro, contra él y contra el ciego poderío de la fuerza, la dignidad del ideal, que al fin y al cabo es una forma de conciencia humana, de realidad no menos evidente que el instinto.

preocupaciones literarias decadentistas del señor Pérez y González en sus años juveniles, son casi perfecta equivalencia del programa y los alardes que indujeron a Reyles, por el camino de la innovación en la novela castellana, a componer sus academias. "Academus" dieron por nombre a una sociedad Pérez y González y sus compañeros. El Club Libertad de aquél se confunde con el Club Vida Nueva de Reyles. La decepción de ambos en su campaña política dentro de los partidos tradicionales, produce en los dos una orientación de realismo práctico, y acaba para los dos en la "ideología de la Fuerza" y la "metafísica del Oro". Todo lo que piensa y dice, tocante a esto, el señor Pérez y González, es puntualmente lo que ha escrito Reyles en *La Muerte del Cisne*. — "Yo seré — exclama Pérez y González — el sembrador de ideas de esos campos invadidos por los cardos borriqueros de las pasiones políticas; yo seré el libertador de esos esclavos y mártires del doctrinarismo y el caudillaje; yo les mostraré a los mozos de agallas, el camino de Damasco, metiéndoles en la sesera el sentido de la utilidad, para que no traguen viento como yo tragué, ni se vean desorbitados como yo me ví; yo predicaré con el ejemplo, trabajaré con mis manos, y desde mi rancho lanzaré a los cuatro vientos, no las doctrinas *hechas* ya y dictadas por otras necesidades, que son para nosotros y nuestra época frutas de cera, pollos embalsamados, sino las que se van haciendo en nuestras propias entrañas

y se nutren de ellas, las que se paren con dolor, las que la vida, en su evolución constante, fabrica diariamente para adaptarnos, las únicas legítimas y útiles, digan lo que quieran los moralistas, porque son las únicas que responden a una alta necesidad, a una razón suprema. ¡Al diablo los idealismos fiambres, la literatura, la pedagogía y el engaño universal! Yo me lavaré con el aguarrás de las realidades, el barniz del irrealismo universitario; defenderé los hechos vivos contra las ideas momias, lo que vive en la tierra contra lo que duerme en el limbo, lo que *es*, según la fuerza de las cosas, infalible siempre, contra lo que debía ser y no será sin permiso de aquélla, y crearé a mi modo, yo, yo, Temístocles Pérez y González, la tabla de los valores que nos conviene, la cual, por *convenimos*, será más noble y encumbrada que cualquier ideal prestado, aunque traiga en las manos la lira de Apolo".

"Y a nosotros, lo que nos conviene es favorecer principalmente la expansión de las actividades productoras, ¡gran gimnasia de la voluntad!: las energías *combativas*, madres de excelsitud; la tendencia a enseñorearse del mundo que lleva cada criatura en el alma y es como su carta de nobleza, y destruir, al propio tiempo, el exceso de política, latinismo y hueca ideología. Los intereses materiales por encima de todas las cosas, sí señor, ya que los otros si bien se mira, son servidores de aquéllos y de nada valen cuando dejan de servirlos. Además, sépanlo los incautos: los intereses materiales son el

manantial de toda vida y *principalmente* de la vida espiritual. Las construcciones ideales no tienen otro objeto, ni nacieron para otra cosa que para defender y asegurar las conquistas económicas. Los que no lo ven son, en realidad, los torpes materialistas; son los que miran a la tierra, no al cielo, y es de lo alto, de allí arriba, que les viene a esos intereses su misterioso poder. Cuando Mamagela dice que "cada moneda de oro es una estrellita caída del cielo", formula sin saberlo, una verdad cosmogónica y también metafísica. Yo me entiendo: allí están fundidos el macrocosmo y el microcosmo y también la vida social. Ya, ya sé que no habrá lírico ablandabrevas, ni maestro de escuelas, ni pedante doctor, ni profesor de idealismo trasnochado, ni pobre diablo embozado en la capa de Don Juan, que no me lance al rostro, con grande aparato de indignación, el apóstrofe de hombre sin ideales y torpe materialista. ¡Farsantes, sacamuelas, adoradores de vejigas; gente sin convicción ni sinceridad; embusteros apóstoles; mascaritas que yo conozco y a cuya comparsa pertencí! ¡qué grande desprecio siento por ustedes y cuán grotescos me parecen! ¿Hombre sin ideales yo? ¡mentecatos!; tendré muchos, y en particular uno más encumbrado que el de todos, porque su culto severo impone el sacrificio de la simpatía humana, a la que nadie renuncia; quien lo predique parecerá un pestífero y, sin embargo, será un hombre puro: es el de ir contra la mentira universal del desinterés, por todos

practicada *interesadamente*, a modo de una religión que no inspira fe, pero que llena la panza. Yo me declaro en teoría el apóstol del egoísmo, y prácticamente, del egoísmo rural, vale decir de la energía castiza de la nación. Los que no me conocieron van a conocerme. Sonó la hora de la venganza. Al cementerio lo que está muerto. ¡Viva la vida!..."

Cambiado el tono y quitado lo que es inherente al personalismo despotricante y explosivo del señor Pérez y González, están aquí resumidas, con estricta exactitud, las públicas intenciones y enseñanzas del propio Reyles durante los últimos años; y no van, por cierto, contra ellas los ataques del autor; que si con ellas fracasa el señor Pérez y González, como antes fracasó, de igual modo, con otras diferentes y en todo opuestas, con ellas triunfa Mamagela, y también con ellas saldría adelante el señor Pérez y González si lograra apearse de su grandeza ilusoria y se dejara de apostolados, prédicas y redenciones.

Nada implican pues, contra sus idealismos sucesivos, sus continuas derrotas; porque nada son ni pueden las ideas fuera de los hombres capaces de realizarlas. La virtud posible de un ideal heroico se prueba en almas hechas a su medida, y aunque el señor Temístocles Pérez y González no ha podido ser poeta ni filósofo ni político, otros lo han sido, y lo serán muchos en la gloria de los siglos venideros. Carlos Reyles, para no citar más casos, ha escrito novelas interesantes, y ha contribuido muy

poderosamente a varias campañas políticas, y ha ideado por último su metafísica del Oro. Con esperanzas de no menores resultados, el señor Temístocles Pérez y González había nacido sólo para adorar su imbecilidad en deleznables ilusiones de perspectivas magnificentes. No hace otra cosa, a nuestros ojos, en la novela, y el cambio que lo exhibe, en las últimas páginas, metido en las funciones ordinarias de jefe de familia y diputado experto, más parece efecto de imaginación que verdad psicológica. Siempre extremoso, Reyles no quiso darse por contento con mostrar en oposición las buenas mañas de Mamagela y el torpe ilusionismo del señor Pérez y González, y remató su defensa del espíritu realista y práctico, transformando al más recalcitrante soñador en hombre de provecho. Quizá también le habría proporcionado el cuerpo alargándole las piernas, ensanchándole el tronco y reduciéndole la cabeza y sobre todo la frente si el físico se prestara a tan estupendos cambios como lo moral.

¿Qué alcance tiene esta acción? ¿Cuál es su enseñanza? Mamagela está hecha para ganar toda nuestra simpatía a la causa del buen tino y del egoísmo sano. El señor Temístocles Pérez y González debe, al mismo tiempo, disgustarnos, como un rejalgar, de la actitud quimérica, de la expectativa lánguida y — según Carlos Reyles — de todo idealismo.

Apresurémonos a declarar que el idealismo bien entendido nada sufre en esta novela: Pérez y Gon-

zález no es un idealista, es un iluso. Digamos también en seguida que el egoísmo en ella defendido no es el de las bestias de presa, indiferente al mal de los otros, sino al contrario, el que, inconsciente de sí, convive y se desvive en el sentimiento de familia y hace de Mamagela una providencia de su casa. Los elementos contrapuestos en la tesis de *El Terruño* son pues, por un lado, el egoísmo que deja de serlo y se convierte en generosidad, el sentido común, el espíritu práctico, y por otro lado, la vanidad petulante de un amor propio que se considera superior al destino de los hombres oscuros, un deseo vago de falsa grandeza, falta de voluntad e incapaz de acción, resuelto en veleidades ostentosas de notoriedad. Hay que tener mucho del señor Temístocles Pérez y González para vacilar entre semejantes extremos, y puesto que Pérez y González tuvo partidarios afligidos en la consternación de sus desgracias, (1) debemos reconocer que el libro no era inoportuno.

No es el suyo, sin embargo, el tipo corriente en la política logrera de nuestros días. No representa Pérez y González a nuestros políticos, ni a las mujeres de nuestra campaña Mamagela, y es indudable que *El Terruño* debe su nombre, tanto como a su tendencia realista, a su carácter regional, que figura, aparte de la tesis, en la descripción de varios

(1) Véanse las opiniones vertidas a su respecto por algún escritor nacional.

establecimientos rurales, en la historia de Primitivo y, con líneas más amplias, en los cuadros de la guerra civil. Dispersamente, al correr de la narración, van deslizándose, aquí y allá, rasgos que integran la visión típica. La presentación de Mamagela se hace entre las ocupaciones caseras de una mañana bien empleada. Con Primitivo entramos a la estancia del caudillo revolucionario Pantaleón y nos mezclamos a su vida. Tenemos que seguir a su huerte alzada en armas para conocer el fin de Jaime caído en manos de Primitivo.

La historia de éste no ha sido mejorada en *El Terruño*; nada agrega a su intensidad sencilla el nuevo desenlace del odio fraternal. Que Primitivo salga en busca de Jaime para saciarse de venganza, prevalido en el trastorno de la guerra, es humano y creíble; pero que lo encuentre en las peripecias de un combate, cuando todos han tenido como él, su suerte en la puntería del fusil y en el golpe de una lanza, toca ya extremos de convención y artificio. No son tampoco siempre felices las alteraciones de la forma, inexplicables a veces.

La pintura de la revolución está llena de toques reales. Suenan con todas sus letras, en boca de las gentes, los nombres de Batlle y Saravia, Galarza y Muniz; el de Pantaleón descubre más bien que oculta a un célebre lancero nacionalista. Se habla de Fray Marcos y Paso del Parque. No es invención del novelista la divisa revolucionaria que pide "¡Aire libre y carne gorda!"; no lo es tampoco

la explicación del movimiento rebelde como obra maquinada por el gobierno.

En tal desorden estuvieron las ideas y las cosas por los tiempos a que la novela se refiere, que los nacionalistas insurrectos hablaban seriamente de los poderes públicos "sublevados" contra su partido. La anarquía es para Reyles consecuencia de la política gárrula hecha con grandes palabras revueltas en malos discursos. Presidentes, ministros, legisladores, en nada atienden las más imperiosas exigencias nacionales. No se estudia la realidad; se copian inconsultamente organizaciones inadecuadas, y la vida sigue sin cauce abierto, estrellándose convulsionada en obstáculos irremovidos. Frente a "El Ombú" y "El Bichadero", establecimientos prósperos por el esfuerzo diligente de sus dueños, se describe en *El Terruño* a "Los Abrojos" del caudillo Pantaleón, abandonado a la incuria holgazana. En los primeros, un interés que aumenta año tras año, liga al hombre y lo educa y disciplina con la regularidad del trabajo; en el último, la naturaleza librada a sí misma lo hace todo, que es poco y siempre igual, y deja libres los instintos de la barbarie humana. No es en la casa de Mamagela donde se conciertan levantamientos; allí el hacendado cuidadoso espera mejores frutos de su labor en la paz, que de las eventualidades inciertas en el trastorno de la guerra. Pantaleón y su gente pueden arrojarse a aventuras, porque, salvando el pellejo, nada pierden y corren épicas

jornadas, bien comidos con el despilfarro de lo ajeno, halagados y orgullosos en el peligro y los trances de la vida nómada: "¡aire libre y carne gorda!". Así juegan con la riqueza y el destino del país la brutalidad levantisca del caudillaje y la ineptitud de los políticos declamadores. Poco parece contra su acción nefasta, la perseverancia de Mamagela, pero su triunfo al fin es seguro, porque ella es el instinto adaptado a la fuerza de las cosas. Con esta convicción, abre Reyles su pecho a la esperanza, entre el tumulto y el dolor de nuestra vida desorientada. *El Terruño* es su única novela francamente optimista y debe su optimismo a las doctrinas de *La Muerte del Cisne*.

Confiemos en la promesa de mejoramiento sin aceptar las ideas que la informan. Y esperemos todavía nuevos y siempre mejores frutos de Reyles.

1917.

ÍNDICE

	Págs.
Vida y retrato de Carlos Reyles.....	7
Rebelión romántica: <i>Por la vida.—Beba</i>	31
Anarquía moral: <i>Las Academias</i>	51
Reacción realista: <i>La Raza de Caín</i>	69
La Filosofía de la Fuerza: <i>La Muerte del Cisne</i>	85
Aceptación y disciplina de la realidad: <i>El Terruño</i> ..	119